

Ediciones *Le Monde diplomatique* “*el Dipló*”

Capital intelectual

**Serie La media distancia**

SERIE  **LAMEDIA**DISTANCIA

## ¿El futuro es feminista?

Florencia Angilletta  
Mercedes D'Alessandro  
Marina Mariasch

### **Prólogo**

Mariana Enriquez

LE MONDE  
diplomatique

**Ci** Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2017

**Capital Intelectual S. A.** edita, también, el periódico mensual  
*Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur  
Director: José Natanson

Coordinadora de la **Colección Le Monde diplomatique**: Creusa Muñoz  
Director de la **Serie La media distancia**: Martín Rodríguez  
Diseño de tapa: Cristina Melo  
Diagramación de interior: Carlos Torres  
Corrección: Alfredo Cortés  
Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
Teléfono: (54-11) 4872-1300  
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: [secretaria@eldiplo.org](mailto:secretaria@eldiplo.org)  
Pedidos en Argentina: [pedidos@capin.com.ar](mailto:pedidos@capin.com.ar)  
Pedidos desde el exterior: [exterior@capin.com.ar](mailto:exterior@capin.com.ar)

Edición: 2.500 ejemplares  
ISBN 978-987-614-543-5

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723  
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina  
Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier  
medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

¿El futuro es feminista? / Florencia Angilletta ... [et al.],  
editado por Martín Rodríguez - 1a ed. - Ciudad Autónoma de  
Buenos Aires, Capital Intelectual, 2017.  
112 p., 22 x 15 cm - (La media distancia, 4)  
ISBN 978-987-614-543-5  
1. Feminismo. 2. Estudios de Género.  
I. Angilletta, Florencia II. Rodríguez, Martín, ed.  
CDD 305.42

# Índice

---

---

## **Presentación**

José Natanson y Martín Rodríguez 9

---

## **Prólogo**

Mariana Enriquez 13

---

## **Feminismos: notas para su historia política**

Florencia Angilletta 23

---

## **Si hay futuro, es feminista**

Mercedes D'Alessandro 43

---

## **El pelotero del logos**

Marina Mariasch 75

---

## **Referencias bibliográficas**

107

## Presentación

---

**José Natanson y Martín Rodríguez**

Esta colección, **La media distancia**, nació con la idea de promover textos que tuvieran la capacidad de ser parte de la dinámica política. No nos interesaban, como dijimos, libros de especialistas que celan por su nicho ni una divulgación irresponsable que aplane los temas con consignas o simplificaciones. Por el contrario, ese estar “a mitad de camino” entre divulgación y especificidad forma parte del interés por empezar a pensar un tema, y convocar a diversos autores con distintos puntos de vista que tomen la posta sin la pretensión de construir un collage democrático con “todas las voces”, sino una pluralidad entendida como el esfuerzo colectivo de llevar las discusiones hasta el fondo. De modo que se trata de una colección para la coyuntura política: pensamos los libros como cajas de resonancia de los debates que nos fijan al presente, que hacen historia, y que a la vez pretenden de algún modo organizar, intervenir y no pararse encima de nada.

Respetamos la misma estructura: una pregunta-disparadora, un prologuista, tres autores. Con la selección del tema, el modo de formular el interrogante y los autores la colección propone su forma de intervenir: preguntas sobre temas que “están en boca de todos”, autores rigurosos y hasta especialistas, pero interesados

en hacer públicas sus ideas, llevarlas a una audiencia amplia y someterlas a debate.

En esta ocasión, el cuarto libro de la serie reúne textos que intentan responder para qué sirven los feminismos, cuáles son sus principales discusiones, cómo se relacionan con la trama política de Argentina. Se corren de los presupuestos o lugares comunes para explicarlo de forma filosa y amena.

El libro (el tema) se impuso. Y la necesidad de entender un poco más nos enfrentó a la primera condición de producción del libro: dos varones que coordinamos la edición de un libro feminista. El libro, además, comienza con estas “palabras preliminares”; o sea, ¿podríamos decir que el libro en su montaje ya ofrece las jerarquías de poder cuyos textos pretenden erosionar? La escritura no es un ejercicio de culpa; el libro tiene una factura colectiva, y nació de una conversación con Florencia Angilletta. Pero no hubo un “tratamiento especial” ni un rigor marcial de elegir sólo autoras. Como alteración de la rutina de producción sí decidimos incluir dos poemas (uno de Silvina Giaganti, Avellaneda, 1976, y otro de Mariela Gouiric, Bahía Blanca, 1985), por la calidad de los poemas y sus autoras y porque tal vez dan cuenta de los múltiples registros donde “esto” se juega.

En todo caso, este libro ayuda a saldar una deuda en la agenda editorial actual: no hay tantos textos en Argentina que reflexionen explícitamente sobre feminismo. Alguien en Palermo, Jujuy o la Patagonia que quiera leer sobre el tema no encuentra tan fácilmente un material directo y claro al que remitirse. Hay investigaciones académicas que analizan casos (libros, efemérides, autores) con perspectiva de género, y algunos títulos valiosos que analizan alguna variable del feminismo (economía y feminismo, o maternidad y feminismo) pero las autoras mapean estas discusiones y organizan tal vez el acceso de nuevos lectores.

Muchos dicen estar de acuerdo en repudiar femicidios (y en incorporar la palabra femicidio), aceptar cupos, paridades, etc.,

como reflejo adaptativo con el tiempo que nos toca y con los campos donde se escribe y produce, en el temor a caer *in fraganti* en una “incorrección”, “descuido” o “inconsciencia”, como si se estuviera frente a una nueva verdad o un nuevo poder. Los textos de las tres autoras nos resultan imprescindibles y generosos a la hora de aceptar su misma apertura. El libro ofrece perspectivas aptas para quienes pretenden conocer más de lo que se habla; es exhaustivo en la construcción del escenario político. Es un libro viviente.





## Prólogo

---

**Mariana Enriquez**

En los últimos años el feminismo, la palabra feminismo y la definición feminista, se masificaron. Beyoncé, una de las celebridades más famosas del mundo, hizo su gira *Mrs. Carter* en 2016 frente a una pantalla enorme donde se proyectaba en enormes letras brillantes la palabra FEMINIST. En una entrevista rara con la revista *Elle* –ella no habla mucho con la prensa– dijo: “Puse la definición de feminismo en mi gira y en mi canción para dar claridad sobre su verdadero significado, no para hacer propaganda o para proclamar que soy feminista. No sé si la gente sabe o comprende lo que es una feminista pero es muy simple: es alguien que cree en la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres”. El momento feminista de Beyoncé más importante es la canción “Flawless” que samplea la charla TED de Chimamanda Ngozi Adichie, la exitosa escritora nigeriana que en 2015 y 2017 editó dos libros cuyos títulos explican el contenido: *Todos deberíamos ser feministas* y *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo*. Antes, Chimamanda había escrito cuentos y novelas sobre la experiencia migrante y sobre la guerra de Biafra: ficciones con mujeres como personajes principales.

La cuestión es que el lanzamiento hacia la estratósfera masiva del pronunciamiento de Beyoncé resignificó el término para una

generación. Lo hizo cercano y al mismo tiempo lo simplificó. Una feminista es alguien que cree en la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, pero es mucho más que eso. Uno de los grandes desafíos para lxs interesadxs en el feminismo es abrazar esta complejidad. Conocer la enorme cantidad de literatura feminista, la gigantesca producción de pensamiento de mujeres sobre mujeres y la variedad e intensidad de este pensamiento es un trabajo largo. ¿Por dónde empezar? ¿Se puede llegar a Despentès y Wittig sin pasar por De Beauvoir o Federici? ¿Hay que rechazar a Paglia o considerarla una voz lúcida y fundamental? ¿Qué se hace con feministas de la segunda ola como Germaine Greer que tiene importantes discusiones con las activistas jóvenes, especialmente por sus opiniones sobre las mujeres trans? ¿Se puede seguir leyendo sólo la producción de pensamiento generada en las usinas de Europa y Estados Unidos o deberíamos empezar a reforzar las miradas latinoamericanas, cuyos nombres más visibles son los de Rita Segato y Laura Klein?

El texto de Florencia Angilletta, “Feminismos: notas para su historia política” es una guía en el vasto territorio de los feminismos y, de paso, esboza algunos de los puntos de discusión más calientes. Dice Angilletta: “Referirse a los feminismos en plural no es un simple cliché lingüístico. Ayuda a mostrarlo como un mosaico de múltiples consensos pero también de tensiones, ambigüedades, o deseos a veces contradictorios y luchas por el poder. Si no incluyera litigios, no podría existir como espacio político. Es falsa esa representación del feminismo como un lugar de total acuerdo y armonía teñido de rosa”. Y agrega: “También se puede discutir de qué hablamos cuando hablamos de feminismo, sin destruirlo ni sacralizarlo”.

Discutir el feminismo entre mujeres que se llaman a sí mismas feministas es una instancia de altísimo voltaje. Después de la primera movilización de Ni Una Menos los encuentros, los foros, los mensajes, los chats, los muros de Facebook, las calles,

las reuniones, todo se convirtió en una hiperasamblea donde se labraron amistades y disgustos, donde se tomaron posiciones. Los temas a discutir son muchos y todos relevantes no sólo para las mujeres sino para la política en general. Incluir a los hombres en las marchas. Pararse frente a la prostitución: abolicionismo vs. legalización. Los modos de influir y presionar para conseguir la postergada Ley de Aborto Legal y Gratuito. Cómo accionar frente a los femicidios. Dónde aprender defensa personal. ¿Está bien, es una apropiación del insulto, llamarse feminazi o nunca, nunca deberíamos llamarnos nazis en ninguna circunstancia? Para Angilletta, el feminismo está atravesado por la burguesía, el Estado moderno, la democracia y el capitalismo. “Decirle a una feminista ‘burguesa’ es, sencillamente, nombrar su origen”, escribe. Conozco a mujeres que se darían la cabeza contra la pared de sólo leer esto. Y está bien. Tenemos que saber qué pensamos cuando pensamos en el feminismo. No para “defenderlo”. Marina Mariasch escribe, y tiene razón, “como sigo a Grace Paley, no discuto cuando hay verdadera discrepancia”. No se trata de una actitud defensiva sino de genuino interés por estas discusiones y estas autoras, de argumentar y desafiar los preconceptos propios, de no tener miedo a elegir con quiénes se está (más) de acuerdo, de huir del consignismo como de la peste negra. Angilletta también ayuda dando claridad sobre frases y conceptos esenciales. Qué decimos cuando decimos “género”. A qué se refería Kate Millett con “Lo personal es político”. Patriarcado. Cosificación. Deseo. ¿Es lo mismo desear a un hombre que a una mujer? ¿Es lo mismo ser una mujer cis que una mujer trans? ¿Y cuáles son esas diferencias? ¿Para quién estas diferencias son cruciales y para quién es más importante discutir sobre la clase social de las mujeres en cuestión? ¿El feminismo puede ser global u Occidente está necesariamente separado del resto del mundo? ¿Y las mujeres en el Islam? Feminismo de la diferencia, feminismo radical, feminismo de la igualdad, posfeminismo. Las listas pueden seguir,

exceden estos artículos, este libro, este presente. Las feministas que ganaron la calle en Argentina en 2017 se enfrentan a este corpus discutidor y endiablado. Sería deseable que se sumen más interesados en estas discusiones.

Mercedes D'Alessandro se mete en uno de los temas más importantes del debate actual, el tema del trabajo. “Las estadísticas mundiales muestran, crudamente, que las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta, que hacen más trabajo doméstico no remunerado que ellos (cocinan, limpian, cuidan a los niños, atienden a los adultos mayores y enfermos del hogar), enfrentan tasas de desempleo más altas, tienen empleos más precarios y son más pobres”, afirma sin demasiadas vueltas. Y luego, al hablar del trabajo doméstico no remunerado como central en la economía feminista introduce sus primeras preguntas: “Es necesario entender que hay una cuestión de clase difícil de soslayar y que, tarde o temprano, pone límites muy claros a los intentos de hacer del feminismo un movimiento único y homogéneo”. ¿La igualdad es ganar el mismo sueldo que un varón en un mismo puesto? ¿Qué pasa con la mujer pobre que reemplaza a la profesional o empresaria o comerciante en las tareas de cuidado? ¿Qué pasa si dejamos de pensar en la mujer como la que debe cuidar? Pero, ¿no es posible defender este ámbito de lo doméstico y resignificarlo? Todo esto está en el texto de D'Alessandro. Y más. “Al ponerles un precio a los trabajos reproductivos, estamos convirtiendo a la reproducción de la vida en mercancía, poniéndola bajo la órbita de los precios, transformándola en su opuesto”, escribe. “¿Es eso lo que realmente queremos? ¿Queremos mercantilizar los cuidados? ¿Queremos que la lógica de la búsqueda de la ganancia entre a los hogares? O bien, ¿cómo sería una organización social de los cuidados que lograra escapar de esta contradicción?”. Preguntas y preguntas. “¿Cuál es el sujeto político del feminismo? ¿Da lo mismo el feminismo de las elites o el feminismo popular? ¿Enfrentan todas las mujeres los mismos

problemas? ¿Es que acaso las mujeres de un extremo no explotan a las del otro? ¿Se puede transformar la situación de desigualdad de género dejando intacto el sistema de producción en que se basa nuestra sociedad?” D’Alessandro tiene respuestas pero también plantea una discusión abierta. La apertura, que invita a enredarse y a cuestionar, puede resultar vertiginosa. Y eso es lo mejor de estos textos y de esta época en la que hablar de las mujeres es crucial, es cotidiano, es insoslayable y de tan relevante es complicado.

Marina Mariasch, sin embargo, da en el clavo cuando sacude la relativa tranquilidad de sentarse ante pilas de libros y señala: “No alcanza con denunciar los mecanismos de opresión y desarrollar una teoría por nosotras y para nosotras. Se trata de ejercer una práctica transversal y ocupar los espacios masculinizados por excelencia: la política, la tecnología, la economía, la filosofía y el pensamiento, la ciencia, los medios de comunicación, los sindicatos, las organizaciones. Y también en la familia, en las instituciones, las calles, los espacios públicos, los barrios”. Hay que escapar, dice, de los temas pensados para nosotras y en ocasiones, por nosotras. Eso es tan patente en literatura que resulta vergonzoso. Los paneles de escritoras mujeres, la literatura femenina, la insistencia en los ghettos de temas cuando, como dice ella, la literatura es el lugar donde somos “extraordinarias”. Y la opinión en medios: con la sencilla captura de pantalla de webs de varios diarios, Mariasch demuestra que las mujeres que opinan de política son a) ninguna b) papisas indiscutibles. ¡De política! Es increíble, inaudito e invisible que ese espacio no se les habilite a las mujeres con naturalidad en foros públicos legitimados. Mariasch también está llena de preguntas: creo que la honestidad en exponer lo endeble de las certezas (es maravilloso no tener certezas y mejor ¡es darse cuenta!) es una de las grandes virtudes de estos textos. “¿Cuándo vamos a poder hablar de literatura, de política, de políticas de la escritura, escribir sin que nuestra subjetividad

esté siempre sesgada por la condición de género? ¿Cuándo podremos hablar de política sin que nuestra opinión esté invadida por la lucha contra el patriarcado?” se pregunta Mariasch. Releo las preguntas y pienso: me temo que va a pasar mucho tiempo y que vamos a perder la paciencia muchas veces, como yo la perdí esta mañana cuando, para una entrevista, me preguntaron una vez más sobre cómo es escribir y ser mujer (¡no sé!) y sobre si podemos pensar en una lectura femenina (¡no!). Impacientarse: va a seguir sucediendo. Este es un terreno en disputa y de disputas: lo que hace el feminismo es pensar la política y el poder desde un lugar-otro. No tiene que ser fácil y no debe ser fácil.

¿El futuro es feminista?

Florencia Angilletta

Mercedes D'Alessandro

Marina Mariasch





## Las mujeres que me volvieron loca de verdad

Las mujeres que más amé  
las que me volvieron loca de verdad  
las chicas con las que quise todo, escribían.

Mi mamá hizo hasta segundo grado y no  
me miró los cuadernos ni pudo  
colorear un mapa conmigo o ayudarme  
en un ejercicio de contabilidad.

El colegio y casa eran  
una cadena rota en mi cabeza.  
Cada vez que la veía firmar algo,  
el boletín de la primaria,  
un documento en el banco,  
notaba que lo hacía lentamente  
como alguien recuperándose de un golpe.

Me pregunto si las mujeres que amé  
las que me volvieron loca de verdad  
las chicas con las que quise todo  
fueron mi movilidad intelectual ascendente,

si elegir mujeres que escriben  
es disimular eso que me falta  
cada vez que las dejo  
o que me dejan.

*Silvina Giaganti, 2017*

## Feminismos: notas para su historia política

### El feminismo no existe

En estos años la palabra feminismo ha pasado de ser un término especializado, por momentos el nombre de la membresía de un selecto club de mujeres, a masificarse hasta ingresar en la currícula educativa, figurar en las constituciones de los países miembros de las Naciones Unidas, convertirse en estrategia de *marketing* o modular la coreografía sentimental de una primera cita. ¿Cuántas veces al día se escucha o lee feminismo? ¿Acaso en la actualidad es posible vivir completamente al margen del feminismo? La actriz Kristen Stewart, protagonista de la saga *Crepúsculo*, vestida con la remera *We should all be feminists*. En la estampa de una colección de la marca global H&M, se lee en inglés “El feminismo es la noción radical de que las mujeres son personas”. ¿Ésa es su definición? ¿Todas las mujeres viven una vida mejor que la de su madre?

Existen dos obsesiones. Hay quienes proponen la destrucción de la palabra porque ya no puede representar nada y porque se han conquistado las reivindicaciones que marcaron su origen. Hay quienes la sacralizan porque creen que cualquier lucha de mujeres sólo puede darse sin salirse de ella: dentro del feminismo, todo;

fuera del feminismo, nada. También se puede discutir de qué hablamos cuando hablamos de feminismo, sin destruirlo ni sacralizarlo. Nadie conoce a una feminista mejor que otra feminista.

El feminismo no existe. Su historia es la de cada feminismo inscripto en un específico momento histórico en el que se piensa el problema de la “mujer” y de su lucha en esas coordenadas. El feminismo también es una caja de resonancias de otros pensamientos que refractan en él, como el marxismo, el psicoanálisis, el poscolonialismo y –en clave local– el peronismo o el republicanismo. ¿Puede una vida feminista, en la era global, compararse con aquella de principios del siglo XX?

Desde luego, las formas de ser feminista han variado. Incluso, en un mismo corte, conviven distintos feminismos que discuten sobre los modos de intervención. Por ejemplo, aquellos que proponen la abolición de la prostitución o los que piden la legalización del trabajo sexual, así como los que reclaman un mayor poder punitivo del Estado contra los crímenes sexuales y los que cuestionan que el punitivismo disminuya los femicidios. Más aun, ninguna vida puede ser feminista en su totalidad, porque lo que cada mujer logra, negocia y cede nunca puede salirse de este paradigma de gestión social. Cualquier vida feminista se inscribe en una paradoja: producir interrupciones y entradas de política feminista que tensionan los flujos de este patriarcado tardío.

Cuando Roland Barthes (1963) quiere hacer una historia del teatro de Racine, sugiere que sólo sería posible en tanto historia de las lágrimas de los espectadores de sus obras. La historia del feminismo no se reduce a una cronología: sólo se puede intentar mapear una sucesión de efectos. Una cartografía posible comienza con la previa del feminismo, continúa con sus inicios durante el Iluminismo –el tiempo de la razón y la Revolución Francesa– y se consolida mucho tiempo después. El siglo XX es el siglo del feminismo. Ninguna guerra mundial, ninguna alteración en las formas de producción o incorporación de nuevas tecnologías

puede dimensionarse sin incluir los efectos del cambio de las relaciones entre mujeres y varones. Nunca, como en los últimos cien años, las formas de trabajar, amar y tener hijos han atravesado transformaciones tan vertiginosas.

¿Hay feminismo antes del feminismo? Dar por sentado las diferencias entre una mujer y una feminista implica que el feminismo no existe desde que existe la mujer como tal. La distancia entre mujer y feminista es una construcción humanista y móvil: este a priori sólo puede edificarse desde el comienzo del feminismo. Esta primera óptica tensiona de qué modos se diferencian las construcciones de ambos roles. ¿El feminismo sólo existe desde que se cuestionan formalmente las formas de vida entre mujeres y varones? En diversas sociedades antiguas se puede especular con vidas que discuten las posibilidades de su tiempo. Algunas son hitos como las de Cleopatra, Lady Godiva y Sor Juana. Muchas de ellas quizá son feministas antes de que la palabra se formule. Y aquí se abre otra línea: ¿es posible vivir entonces una vida feminista aunque una no se declare de ese modo o incluso rechace sus reclamos?

En 1405, Christine de Pizan –quizá la primera escritora profesional de Occidente– escribió *La ciudad de las damas*. En 1791, Olimpia de Gouges redactó la “Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana”; amiga de los revolucionarios, murió en la guillotina. En esos mismos años, Mary Wollstonecraft escribió *Vindicación de los derechos de la mujer* y murió después de dar a luz a Mary Shelley, la famosa autora de *Frankenstein*. Las tres producen libros fundacionales y viven atravesadas por las contradicciones entre las innovaciones que proponen y los límites históricos de lo decible.

El feminismo empezó junto con la noción de ciudadanía. Según Amelia Valcárcel (1991), “es el hijo no querido de la Ilustración”. El pensamiento ilustrado implica una mirada racional del mundo y de la vida, una lectura sobre la naturaleza y el orden

o progreso posibles. De acuerdo con clásicos como Hobsbawm (1998), en esas coordenadas se desencadenaron las revoluciones burguesas. La divisa francesa proclamaba “libertad, igualdad, fraternidad”. Lo que no explicitaba ese eslogan es entre quiénes.

El feminismo nació ahí como operación política, pensando quiénes son los destinatarios de esa tríada. Ya no se trataba de mujeres excepcionales sino de la fundación de una comunidad. Al preguntarse por qué las mujeres son las excluidas del contrato social, se advierte que esa exclusión puede ser por inferioridad o por superioridad, tal como propone, de modo visionario, Poulain de La Barre en la reflexión sobre las consecuencias de ser una dama.

La primera exclusión implica considerar que las mujeres no son iguales a los varones, y modular esa diferencia en términos de inferioridad, cuya consecuencia es un tratamiento cívico incompleto: prevalencia del apellido paterno, patria potestad. La segunda exclusión, también frecuente y muchas veces difícil de detectar, consiste en pensar que las mujeres son superiores y que esa diferencia habilita un trato diferencial: la reacción cortesana, los códigos de caballería. La modernidad también creó un estricto manual de conducta. Junto con su fe cívica inventó, no sin contradicciones, una fábula de comportamientos para mujeres y varones que involucra protección, galantería, invitaciones, privilegios. Cuando Valcárcel (1991) pide el “derecho al mal” para las mujeres, en parte dialoga con estas discusiones; es tan peligroso ningunear a las mujeres como santificarlas.

La exclusión por superioridad no es menos inocua: ambas operaciones esconden un trato desigual. Una profesora universitaria dice que en el feminismo se trata de abandonar el proyecto del patriarcado en lo que duele y también en lo que gusta. Quizá ésa sea la parte más difícil: reconocer que esas imágenes fuera de toda ley –suprema bondad y maternidad sacrificial– son la otra cara de la desigualdad. Caminar por una calle oscura a la

noche y no temer ante la presencia de una mujer con un bebé en brazos también es una construcción, y también es aceptar un manual de género.

La otra distinción de origen es que el feminismo es burgués por definición, y por eso sus características no pueden entenderse sin las revoluciones del siglo XVIII –industrial, estadounidense, francesa–. Para su formación son claves tanto la irrupción subjetiva de la burguesía como sus consecuencias: el imperio del Yo, el deseo de educación y la revisión de la sexualidad feudal. “Constrúyete a ti mismo”, dice el Siglo de las Luces. Los comienzos del feminismo están atravesados, entonces, por la burguesía, el Estado moderno, la democracia y el capitalismo. Decirle a una feminista “burguesa” es, sencillamente, nombrar su origen.

En su génesis liberal, también se encuentra ligado a la democracia. Aquí el eje está centrado en el concepto de igualdad: que las mujeres tengan los mismos derechos. La noción de espacio público, que según Habermas (1981) comienza en esa época, alude a un ámbito intermedio entre lo privado, centrado en el hogar, y el Estado, centrado en las instituciones. Esa tierra pública se configura como el lugar del reclamo feminista. Desde esta óptica, se exige al naciente Estado una serie de derechos civiles y políticos, lo que se conoce como la primera generación de derechos.

El reclamo concreto es el derecho de las mujeres a votar. La primera gran campaña política del feminismo la realizan las sufragistas desde fines del siglo XIX. El primer país en el que las mujeres pueden votar es Nueva Zelanda (1893), aunque las neozelandesas sólo pueden acceder a un cargo público a partir de 1919. Luego siguen Australia (1902), Finlandia (1906), Noruega (1913), Dinamarca (1915) y, a tres años de comenzada la Revolución Rusa, Estados Unidos (1920). Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el número de países donde las mujeres pueden ejercer derechos políticos asciende en forma veloz. En América Latina, el pionero es Uruguay en 1927. En Argentina las mujeres

votan a partir del impulso que Eva Duarte de Perón brinda a la iniciativa (1951), aunque la tradición sufragista se remonta a las anarquistas y socialistas.

El segundo reclamo, unido al anterior, es por los derechos laborales, que también forman parte del ámbito público. Un hito en esta lucha es el Día de la Mujer, celebrado por primera vez en 1909. En 1910, en la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, se propone como Día Internacional de la Mujer. Un año después, tras una huelga por mejoras laborales en una fábrica textil de Nueva York mueren incendiadas más de 140 trabajadoras. La repercusión de este acontecimiento incide en que el Día de la Mujer se vaya incorporando al calendario de la agenda pública de cada vez más países.

¿Por qué entonces cada año se homenajea el Día de la Mujer y no el Día de la Mujer Trabajadora? Porque desde los feminismos esta distinción es imposible: todas las mujeres trabajan para el capitalismo; hasta la más adinerada que se dedica al cuidado de sí lo hace para contribuir a lo que se espera socialmente de su rol de mujer, esposa o madre. Las mujeres, aunque con importantes diferencias según sector social, siempre participan del “bien ganancial” del matrimonio o –directamente– del PBI nacional.

### **Género, patriarcado y falogocentrismo: ciudadanías en discusión**

En el pensamiento francés, *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir (1949). En el estadounidense, *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan (1963). Una conexión euro-angloamericana. El libro de Simone de Beauvoir es leído en Estados Unidos bajo el prisma del de Betty Friedan, que despatologiza la “neurosis del ama de casa inadaptada”. De este modo, el lema beauvoireano “no se nace mujer, se llega a serlo” es la manera europea

de nombrar o pensar el concepto estadounidense de género, es decir, su antesala.

Aunque a veces se presten a confusión, feminismo y género no son equivalentes. Feminismo es un concepto del siglo XVIII; género, del siglo XX. Tal como lee Paul Preciado (2008), el “pseudosiquiatra” estadounidense John Money –tras los hallazgos de Robert Stoller– inventa el término “género” como diferente de lo hasta entonces entendido por “sexo”. Si para Money es posible “modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses”, esto prueba que masculino y femenino son construcciones culturales. La perspectiva feminista se reapropia de este concepto de género que, desde la medicina, se limita a la intervención quirúrgica para corregir una genitalidad considerada anómala. En cambio, para el feminismo cultural se trata de una noción relacional, posicional e histórica.

Lo que se conoce como feminismo radical es el nombre que adquiere esa avalancha de cambios, productos, geografías y canciones que imprimen los años sesenta y setenta. Estas dos décadas se aglutinan en los libros *Política sexual*, de Kate Millett (1970), y *La dialéctica del sexo*, de Shulamith Firestone (1970). Kate Millett escribe una frase que se vuelve bandera: “Lo personal es político”. Con ella, se abre la gran transformación del feminismo: la demanda se extiende del espacio público al privado; lo que pasa puertas adentro, incluso en la cama, también es político.

Desde esta óptica, el feminismo ya no sólo reclama al Estado sino a los varones y, en especial, al esposo concreto de cada feminista. Es el principio de “durmiendo con el enemigo”: las mujeres viven atravesadas por una situación vital de amor, y también de poder, dado que la familia y la pareja refractan las relaciones desiguales del ámbito público en la esfera doméstica. El feminismo radical, línea del feminismo cultural, propone nuevas preguntas: ¿de qué se liberan las mujeres cuando se liberan?



Sistema sexo-género, patriarcado y falogocentrismo son tres maneras de nombrar y pensar el dispositivo de gestión social centrado histórica y conceptualmente en los varones. A mediados de los setenta, Rubin (1975) postula el “sistema de sexo-género” en tanto el “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana”. Género no es sinónimo de mujer; es la conceptualización de la relación entre mujeres y varones, entre las distintas identidades sexo-genéricas que conforman una sociedad. El sistema de sexo-género es la manera en la que el feminismo lee la discusión naturaleza-cultura. La diferencia entre biología y sociedad.

Cuando se piensa en feminismos, otro de los términos que siempre aparecen es el de patriarcado, una palabra-comodín que se ha ido cargando de sentidos múltiples y a veces un tanto opuestos. Entre las distintas autoras que han discutido este concepto, una de las clásicas es Carole Pateman (1988), quien aborda el vínculo entre democracia y patriarcado, entre el contrato del Estado y el contrato del sexo. Según esta autora, patriarcado remite al pacto de varones, la fraternidad; así la democracia no es sólo la distribución de poderes y la aceptación de una mayoría, sino también una forma de distribución de las mujeres: una por varón. Para Pateman, el matrimonio no es tanto un pacto entre mujer y varón, sino un acuerdo entre varones sobre cómo repar-tírselas.

Falogocentrismo es un concepto vinculado con lo que se conoce como feminismo de la diferencia. ¿La igualdad es acaso el mejor horizonte para edificar la subjetividad femenina? Dos de las más importantes teóricas que intentan responder a esta pregunta son Luce Irigaray y Luisa Muraro. Cada una a su manera, releen la insistencia feminista por pensar en términos de igualdad. Las mujeres, si es que son iguales, lo son en un universo masculino. Es decir, no se trata de un sistema neutro, sino focalizado en los varones.

Todas las mujeres, incluso las feministas, están inscriptas en la cultura de un modo masculino. ¿Cómo ser mujer desde una enunciación no oprimida si el lenguaje ya está oprimido? Falogocentrismo, entonces, tiene que ver con la significación cultural del genital masculino –falo– y con el sistema cartesiano –logos–: según Descartes, nacemos de la razón, no de la vagina. Irigaray (1974) les discute a las feministas no poner de manifiesto qué se entiende por mujer, de qué subjetividad se está hablando. Por ejemplo, la cíclica temporalidad femenina queda obstruida en el tiempo lineal de los varones. Mientras que en el capitalismo ellos pueden producir siempre igual, para ellas la productividad adquiere otra modulación atravesada por los ciclos de la menstruación, el embarazo, la lactancia y la menopausia.

Luisa Muraro (1991), en particular, propone que ningún feminismo es posible si no se revisa el vínculo con la propia madre. ¿Cómo se llevaría Simone de Beauvoir con su mamá? No se puede abrazar al feminismo sin abrazar antes a la madre, a la suegra y a las amigas. ¿Me gusta ser mujer? El feminismo de la diferencia revisa el malentendido según el cual ser feminista es dejar de lado todos los asuntos de la feminidad. La respiración ovárica, el *boom* de Mía Astral, la semana de la lactancia materna y el uso de la copa menstrual conforman parte de la gramática vampirizada del feminismo de la diferencia. Irigaray y Muraro rearmen la cartografía del feminismo en la segunda mitad del siglo XX. Buena parte de la discusión, en especial la de la tradición ibérica, pasa por la disputa entre lo que se conoce como el feminismo de la igualdad y el de la diferencia.

Hay un rumor de que hoy se vive en el postfeminismo, aunque ninguna de las autoras actuales se reconozca “post”. En especial, hay dos que oxigenan las disputas entre el feminismo de la igualdad y el de la diferencia: Rosi Braidotti (2000) y Judith Butler (1990). Butler retuerce ese esquema tan cómodo de naturaleza-cultura y sexo-género. Cuestiona que la “biología es destino” y

propone que el modo de acercarse al sexo también es cultural. No hay un “en sí” de la sexualidad sobre el que la cultura monta y distribuye sus artefactos. Esta autora abre el juego de las identidades travestis y transexuales. De hecho, parte del análisis de la primera Butler es en torno a la figura de la *drag queen* que muestra la feminidad como una actuación, como una performance. Butler, con acierto, señala la heteronormatividad de cierto feminismo: ¿da lo mismo ser mujer y desear un varón, que desear a una mujer, que desear a los dos, que desear poco, que desear de a ratos? Así deshace el sistema sexo-género mostrando el carácter cultural del sexo e incluyendo al deseo.

En clave lesbiana, dos de las autoras más importantes del pensamiento feminista son Monique Wittig y Adrienne Rich. Mientras que Rich (1980) apoya el “continuum lesbiano” que amplía las experiencias compartidas sin abandonar el concepto de mujer; Wittig (1980) discute este posicionamiento y aboga por la lesbiana como una fugitiva del contrato heterosexual que “no es una mujer ni económicamente, ni políticamente, ni ideológicamente”. La apuesta de Rich flexibiliza la identidad política de declararse “lesbiana” más allá de las prácticas sexuales, y la de Wittig visibiliza la potencia de la lesbiana por fuera del colectivo de mujeres.

Postfeminismo parece ser el nombre *cool* de la crisis en torno a que la mujer sea su único y legítimo sujeto. Feminismo ya no es de mujeres para mujeres en tanto mujeres. Esta nueva etapa se caracteriza por aperturas simultáneas. A las ya planteadas, se suman la inclusión de “cis” y “trans” mujeres. Según Preciado (2008), las personas “cis” son las que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en su nacimiento, mientras que las “trans” desean una modificación con la ayuda de procedimientos técnicos, performativos o legales. A la vez, surge la teoría *queer* –en una reapropiación afirmativa del sentido peyorativo de esta palabra–, el feminismo poscolonial o la discusión con el feminismo islá-

mico. Otras autoras importantes de la escena contemporánea son Despentés (2007), Llopis (2009) y Paglia (2017).

Referirse a los feminismos en plural no es un simple cliché lingüístico. Ayuda a mostrarlo como un mosaico de múltiples consensos pero también de tensiones, ambigüedades, o deseos a veces contradictorios y luchas por el poder. Si no incluyera litigios, no podría existir como espacio político. Es falsa esa representación del feminismo como un lugar de total acuerdo y armonía teñido de rosa. ¿Qué pasa entonces con su imagen institucional que se vuelve *mainstream*?

Las tensiones no suelen visibilizarse en la esfera pública, donde impera algo que puede pensarse como un feminismo institucional, *for export*, apto para todo público, por su pretensión omniexplicativa. Es decir, una versión lavada y poco problematizada. Este feminismo institucional también construye, por momentos, una normativización de la feminidad que a veces impide leer otras formas de ser mujer y hacer política. Para esta agenda, ¿nunca es válido elegir ser ama de casa y criar a los propios hijos? ¿Se puede optar por no ser madre? ¿Es posible cobrar por sexo?

## **El Estado y ellas se amaron**

El siglo XX se caracterizó por la salida de las mujeres a la esfera pública. Sin embargo, la “ideología de la domesticidad” (Scott, 1993) propone una división sexual del trabajo: los varones se ocupan del ingreso del dinero, mientras que las mujeres se dedican a garantizar una cierta calidad de vida en el hogar. Según Scott (1993), en el siglo XIX emerge la “ideología de la domesticidad” como un discurso que, ideologizando las diferencias “naturales”, institucionaliza la división sexual del trabajo: el varón es quien debe ocuparse de la producción en el ámbito público y la mujer, de la reproducción en el ámbito doméstico.

Una discusión de la modernidad pasa por los efectos de ciertos mandatos contrapuestos para las mujeres. Excluidas del ámbito público –voto y trabajo–, sus vidas se focalizan en el cuidado del hogar y la reproducción, momento que los feminismos leen como “trabajo invisible”. Las mujeres cumplen tareas, aunque no a la manera del empleo formal. Leer como trabajo a las actividades de las amas de casa y de las cuidadoras –de hijos, hermanos, enfermos– implica dos cuestiones. Localiza estas tareas fuera del campo semántico de las labores, asociadas al terreno de la mera elección personal y el amor. Además, las vincula de modo estratégico con el trabajo, es decir, con la producción de valor en el capitalismo. Cuando las mujeres logran participar de elecciones –votar y ser votadas– e ingresan de forma progresiva al mercado laboral, debido a los cambios en el régimen capitalista globalizado, se produce un fenómeno denominado “doble jornada”: las mujeres participan de la producción dentro y fuera de sus casas.

En la segunda mitad del siglo XX, ante las fisuras de este modelo, es posible postular una ideología de la “desdomesticidad” articulada en torno a algunas fantasías. La robótica promete sustituir el trabajo hogareño por máquinas asociadas a la proliferación industrial de los electrodomésticos. Además, en la fantasía del reemplazo, el sueño es que del hogar se ocupen otras mujeres, ya sea por su edad –abuelas–, por su país –migrantes– o por su grupo social –sectores populares–. Estas últimas, cuyo empleo más frecuente es el de trabajadoras de casas particulares, participan de modo literal de la producción de domesticidad dentro y fuera de sus casas: en el hogar del patrón/patrona –de manera rentada– y en sus propios hogares, donde las tareas son *ad honorem*.

En su conjunto, la desdomesticidad propone un espacio distópico en el que no saber cocinar o limpiar resulta un valor, aunque en este mundo no exista un plan integral sobre las

posibilidades materiales de vida si nadie quisiera desempeñar esos trabajos. Así, cierto feminismo resulta, por momentos, la proposición de vidas extraordinarias para algunas mujeres en la medida que existan otras condicionadas a seguir confinadas al espacio del hogar y del cuidado, ahora bajo una condición asalarada. La abolición del hogar es una fantasía imposible. ¿Qué pasaría si hasta la última de las mujeres fuese universitaria y profesional? ¿Los varones limpiarían casas por dinero o trabajarían como *babysitters*?

En la actualidad, junto con las posibilidades anteriores, también es frecuente la proposición de un retorno doméstico inmerso en fantasías ecológicas, de diseño y reconexión con la maternidad, junto con la cultura del *fifty-fifty* que busca instaurar la gramática de una vida en verdad compartida. Entre otros nuevos problemas, los feminismos llaman a precisar la noción de trabajo doméstico visibilizando la gestión y la responsabilidad emocional.

El trabajo de gestión refiere a que las mujeres, aunque compartan cada vez más la ejecución de las tareas hogareñas, siguen a cargo de la agenda, es decir, sobre ellas recae la totalidad de la jefatura del trabajo doméstico. ¿*Soy linda?*, película de la cineasta alemana Doris Dörrie, escenifica el *multitasking* de una mujer que repasa la lista de compras mientras mantiene relaciones sexuales con el marido; un cómic que circula por las redes sociales muestra que, sentados en un sillón, mientras él puede descansar, ella piensa en cómo planificar las tareas pendientes.

Por trabajo emocional se entiende que son las mujeres las que la mayoría de las veces gestionan los compromisos que también incumben a varones: cuidar a los padres en la vejez, recordar onomásticos familiares y organizar reuniones sociales. En definitiva, son el sostén afectivo porque, aunque no estén en el espacio del hogar, son las primeras en ser convocadas a retornar a él cuando ocurre un problema. Por ejemplo, casi sin excepción son las primeras en ser

llamadas ante un inconveniente en el colegio o cuando uno de sus hijos se enferma. En el trabajo emocional y de gestión también hay poder, por supuesto, un poder que a veces cuesta abandonar.

Y si siempre se trata de poder, ¿a cargo de quién está la lucha feminista? En términos de representación política, otra tensión aún irresuelta es entre “mujer” y “mujeres”. A comienzos del siglo XX, un departamento en una facultad, un área en un sindicato o una dependencia en un ministerio son con frecuencia etiquetados como “estudios de la mujer”, “secretaría de la mujer”, “oficina de la mujer”. En búsqueda de la igualdad, el sujeto estratégico es la mujer; mientras que en búsqueda de la diferencia, se trata de las mujeres. Democracia y horizonte de igualdad. ¿Cómo evitar que las diferencias subjetivas sean estereotipadas? ¿Se le puede pedir igualdad a las subalternas? ¿Quién está dispuesta a abandonar sus pocos privilegios?

Las nuevas discusiones feministas advierten que este “mujer” congela la movilidad y fortalece un mito de la opresión común. Tampoco es cuestión de forzar las categorías: no hay que enamorarse del feminismo. Si bien el género es fundante para la subjetividad, también lo son el sector social, el nivel educativo y la raza. Es Bourdieu (2000) quien primero advierte que no sólo el capital económico –bienes y dinero– señala la posición en la estructura social, sino también el capital social, cultural, racial y hasta el erótico (Hakim, 2010). A esta idea desde los feminismos se la llama “interseccionalidad”, una noción que pone de manifiesto los capitales con los que se cuentan.

No es lo mismo ser “mujer” y tener plata, que no tenerla. Una amplia red de contactos aumenta el capital social. A su vez, el capital racial refiere a los privilegios de ser blanca y de ascendencia eurocéntrica. El capital cultural alude a las distintas trayectorias de alfabetización y educativas; incluso la posibilidad de estar alfabetizada en el feminismo. Por último, el capital erótico (Hakim, 2010) es definido como la capacidad de atraer y fascinar a los

demás mediante la exaltación de los recursos físicos y las herramientas de seducción.

Un meme que circula por Facebook dice “muerto el príncipe azul, nos inventamos el hombre feminista”. ¿Cuál es el lugar del varón en la utopía de la comunidad de mujeres? ¿Por qué un cisvarón-heterosexual no puede ser feminista? Tampoco se puede partir de la premisa de que todas las mujeres son feministas y todos los varones son feministas. La perspectiva de género no es propiedad de las mujeres; es una mirada que tanto mujeres como varones están en condiciones de construir. Alguien le hace la cena a Adam Smith, padre del capitalismo. Detrás de cada gran mujer también hay un gran hombre. Ahora, en un video, se ve al marido de Angela Merkel, canciller alemana y bastión de la política europea, alcanzándole la toalla mientras ella sale del mar. Ningún varón fue educado para ser el marido de Merkel. No se nace heteroflexible, se llega a serlo.

Connell (1995) formula el concepto de “masculinidad hegemónica”. Su propuesta es tentadora, pero encierra al menos dos problemas: ¿dónde habita ese varón plenamente hegemónico y cómo no trenzar esta hegemonía en grados o zonas de masculinidad? Muchos varones viven como feministas, y no lo saben. Muchos varones todavía pretenden seguir ejerciendo su poder como si el patriarcado no estuviese en decadencia. Y muchos otros –no hay que olvidarlo– son asesinos de mujeres; según un informe de las Naciones Unidas de 2013, al desglosar los contextos de homicidios, se observa que la mayoría de los varones son asesinados por desconocidos, mientras que en el caso de las mujeres las muertes son responsabilidad de varones de su círculo familiar o social.

Para ciertos varones con capitales acumulados, la contradicción es el tono de sus vidas. Un obrero de la construcción le pregunta a un compañero si decirle “diosa” a una mujer que pasa por la vereda es “ilegal”. Un joven se cuestiona si es un gesto misógino pagar la cena en una primera cita. En el colectivo, un



abuelo no cede el asiento a una mujer, y ella y otras pasajeras se ofenden. ¿De qué modo se espera que el varón trate a una mujer: con idolatría, con protección o con la igualdad con la que trataría a un par, es decir, a otro varón?

Más allá de las voluntades individuales, el Estado tampoco acompaña a los varones que quieren ser feministas. Por empezar, ¿cómo incluirlos si en Argentina sólo tienen dos días de licencia por paternidad? Ninguna ley los protege de un despido si su pareja está embarazada o si él está en proceso de tener un hijo. Fortalecer en esta dirección las políticas estatales también ayudaría a que las empresas legitimen que un varón se pueda tomar días si operan a la madre –y que no lo resuelva siempre su hermana–, o que llegue tarde si tiene que ir a un acto escolar –y que no lo haga siempre su esposa–.

## **La educación sexo-democrática**

Lo que se cree más íntimo –cómo coger, qué significa “te amo”– también es parte del ámbito público, en tanto la sexualidad y la afectividad están enlazadas con la cultura. Éste es el planteo de Foucault (1976) en su *Historia de la sexualidad*. Foucault muestra de qué modo la vida privada no es la reserva última del “Yo”, la pura espontaneidad, sino que está regida por normas; incluso, el aprendizaje de ir al baño. Las sociedades modernas, además de explicarse por la “hipótesis represiva” –es decir, las prohibiciones–, también se caracterizan por una suerte de “hipótesis biopolítica”. Ésta se articula en el “dispositivo de sexualidad” en el que opera la explosión discursiva en torno al sexo: las relaciones de poder se comprenden por la producción de ciertos deseos y demandas, y por la sutil inhibición de otros.

¿Cuándo se inventó el amor? La regulación del sexo, tal como se lo puede pensar en la actualidad, es una invención reciente. Del

feudalismo, por ejemplo, es conocido el “derecho de pernada”, es decir, el acceso del señor feudal al cuerpo de la esposa del vasallo. A lo largo de la historia, cuantos más capitales posee un varón, más acceso sexual a mujeres –y a quien quiera– suele tener. El patriarcado –y sus distintas modulaciones en el trabajo, la pareja y el territorio– aún sigue ejerciendo mayor violencia contra los sectores populares. En este sentido, los planteos de Segato (2013) permiten contextualizar esta noción en clave latinoamericana: los efectos inaugurales de la violación en la Conquista, el mestizaje y la implementación del “patriarcado colonial moderno de alta intensidad”.

Visibilizar que la sexualidad es cultural permite dimensionar lo reciente de nuestras ideas sobre el amor y el sexo, y sobre lo que se espera de una relación. Cualquier política pública que busque ser efectiva debería partir del carácter moderno y aspiracional de esta definición de sexo como plenamente consentido entre dos adultos para el placer mutuo. Hay que hacerse cargo de que quizás esta manera de leer el consentimiento no haya existido así desde siempre, y que la violación está en el centro de la vida social, y no en sus márgenes, como señala Despentès (2007). Los varones tienen que aceptar el “no” de una mujer; las mujeres tienen que poder decir “sí” cuando lo desean. Para que “no” sea “no”, “sí” tiene que ser “sí”.

Los feminismos habitan en la contradicción de interpelar al Estado en torno a sus demandas (“el Estado es responsable”), a la vez que defender las libertades individuales (“mi cuerpo es mío”). Los cruces entre sexualidad y ciudadanía, es decir, entre cuerpos y nación, adquieren al menos dos dimensiones.

La primera es que la legislación va modificando la forma y frecuencia en que los cuerpos pueden agruparse y penetrarse. Así, se legisla la posibilidad oficial de cambiar de pareja –con la sanción del divorcio vincular desde 1987 en Argentina–, se habilitan ciertas prácticas –desde 2010 es posible contraer ma-

trimonio civil entre personas del mismo sexo-género-, o no se las lee legalmente –para la Constitución, el poliamor no existe–.

La segunda dimensión es la educativa: las consecuencias del Siglo de las Luces también afectan la forma racional de pensar la sexualidad ciudadana. Muchas veces desde el “Iluminismo” se promueve el uso del preservativo como si su colocación sólo dependiera de la alfabetización sexual, una educación surgida para el control de la natalidad y la prevención de las enfermedades. En términos de historia social, la planificación ultra racional de cómo, cuándo y con quién tener un bebé se inscribe en una práctica específica de ciertos sectores sociales. Desde los feminismos ahora se incluye la educación con perspectiva de género, quizás la más ambiciosa en cuanto a su implementación. Lo que queda siempre por fuera de lo educativo es ese núcleo irreductible de la excitación, de la seducción, aprendidas en algún otro lado. El dilema está planteado: ¿el Estado puede regular las fantasías sexuales de su población?

Quizá el mayor problema del proyecto feminista sea la reconfiguración del deseo. Esos varones y mujeres que ahora son tan iguales –y se tratan como tal– y consensuan todo, y están asociados en la figura del *partnership* para la gestión de la familia y de la casa, ¿cómo pueden relacionarse entre las sábanas? ¿Desde qué fantasía se puede seguir sosteniendo el modelo de pareja heterosexual? ¿Cuál es la coreografía de una relación sexual sin poder? En el momento actual de la historia sentimental de Occidente la épica no es la guerra, ni siquiera el amor, sino la insistencia por probar el enamoramiento todas las veces que sea necesario. La épica es la ilusión de que alguna vez funcione. Cabe preguntarse si existe la liberación femenina o si, con la masificación de la píldora anticonceptiva, sólo cambia el dispositivo de regulación de la genitalidad procreativa a la recreativa. Esas preguntas post Mayo de 1968 son las que intentan responder los autores y autoras más interesantes de la narrativa contemporánea.

Para Eva Illouz (2014), parte de las fantasías de las mujeres siguen atrapadas en el patriarcado. Illouz propone que *Cincuenta sombras de Grey* sintetiza, a través de la “solución simbólica” y la “técnica práctica” ofrecidas por el sadomasoquismo, la sumisión/dominación y el *bondage* ciertos dilemas de los vínculos entre mujeres y varones. Una de las preguntas que recorre el trabajo de Illouz es cómo explicar que, después de trabajar en cargos jerárquicos en empresas, resolver complejas operaciones médicas o practicar deportes de alto rendimiento, estas mujeres “empoderadas” lean de forma masiva una saga en la cual un varón domina –literalmente– a su pareja a través del contrato sadomasoquista mediante latigazos, cadenas y golpes. La tensión está ahí: las mismas mujeres por momentos transgreden y por momentos normalizan cuando de sexo se trata.

¿Qué pasa cuando el sexo se vuelve mercancía? La postura abolicionista, cuya referente mundial es Catharine Mackinnon, plantea la eliminación de la prostitución por considerarla, junto con la pornografía y el alquiler de vientre, un sistema de cosificación y explotación. La demanda al Estado es la lucha contra la trata y la incorporación de las prostitutas en otra posibilidad del sistema productivo. Desde esta mirada, las mujeres en situaciones de trata y prostitución quedan diluidas dentro de la más amplia categoría de explotación sexual.

En cambio, la postura legalista propone la legalización del trabajo sexual. Resulta sesgado llamar a esta última modalidad “reglamentarista” porque ese término remite a la política higienista del siglo XIX. La demanda al Estado es la incorporación del comercio sexual como una forma de trabajo asalariado dentro de la estructura productiva, con sus mismos derechos y obligaciones. En esta perspectiva, se diferencia trata de prostitución, a la vez que se intenta pensar en términos de libertad y coerción relativas, procurando –incluso en contextos hostiles– visibilizar las posibilidades de agencia y autonomía de las mujeres.

Esta segunda postura muestra el complejo y más amplio entrecruzamiento entre trabajo y sexualidad para las mujeres en el capitalismo. Una mujer puede realizar un *striptease* en un bar, vender nafta en *minishort* o ir a una entrevista en una multinacional con una blusa transparente. La “buena presencia” en las aldeas neoliberales: para ganar dinero, cada mujer se viste de una manera codificada y regula el cuidado de sí.

Entonces, ¿dónde está lo indigno de la prostitución? En las condiciones. No se trata de romantizarla, sino de insinuar que es tan conflictiva como cualquier otro trabajo. Militar por el comercio sexual implica, además del reclamo salarial de las trabajadoras sexuales, la transformación de las maneras en que se entiende el vínculo entre espacio público y mujeres. Aceptar que tu madre, tu hermana o tu hija puedan elegir comerciar por sexo rompe las lógicas patriarcales. Cuando en los medios se instala la culpabilización de la víctima por provocar al violador con “su pollera corta”, cierto argumento feminista señala que tal provocación no existe. La lectura, para desarmar la industria mediatizada en torno a las víctimas, también podría ser al revés: “Sí, quiero provocar, ¿y qué?”.

---

**Mercedes D'Alessandro**

## **Si hay futuro, es feminista**

*Nosotros, quienes deseamos otro planeta, uno mejor,  
estamos orgullosos de mantener vivas las alternativas  
en una época que castiga los pensamientos de cambio.  
Necesitamos utopías. Esto es algo dado en el activismo.  
Si la alternativa a este mundo fuera inconcebible,  
¿cómo podríamos cambiarlo?*

China Miéville

### **Realidad y utopía hacia la construcción de un feminismo del 99%**

“El futuro es feminista” afirman remeras que desfilan tanto en la pasarela de la Semana de la Moda en Nueva York como en las calles de México, Argentina, Uruguay, Polonia o Alemania. Mujeres de todas las edades y de más de 50 países marcharon el 8 de marzo de 2017 en un paro internacional que marcó todo un hito. Unas lo hicieron bajo la consigna “Ni Una Menos”, otras reclamaron por derechos reproductivos, o por igualdad salarial, en contra de la discriminación. Las activistas polacas, vestidas de negro, en contra de una legislación que pretendía quitarles el derecho a un aborto legal, fueron a fines de 2016 la pretemporada

de este paro. A principios de 2017, en enero, una marea rosa de *pussyhats* había inundado Washington. Fueron las mujeres quienes le dieron la bienvenida al nuevo presidente, manifestándole su repudio a las declaraciones sexistas que hizo durante su campaña presidencial y dejando en claro que allí estarían para resistir a políticas conservadoras. Puños alzados con uñas pintadas en colores vibrantes, tetas al descubierto, banderas arcoíris... En el último tiempo estas postales, que fueron transformando el paisaje público e interviniendo la rutina de millones de personas, son la nueva iconografía de una revolución que conquistó las calles y puso en la agenda pública un debate que venía adormecido.

Este fenómeno que a veces pareciera recién estar empezando, en realidad tiene muchas facetas y largas discusiones que vienen de siglos. Toda una historia en la que las mujeres han tenido que manifestarse y pelear por su derecho a votar, a ser votadas, a trabajar, a ganar dinero, tener una cuenta bancaria, divorciarse o casarse con otra mujer. Pero a pesar de las grandes conquistas y los avances, aún vivimos en un mundo desigual y machista. Las estadísticas mundiales muestran, crudamente, que las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta, que hacen más trabajo doméstico no remunerado que ellos (cocinan, limpian, cuidan a los niños, atienden a los adultos mayores y enfermos del hogar), enfrentan tasas de desempleo más altas, tienen empleos más precarios y son más pobres. Cuando se jubilan ganan menos dinero, son dueñas de menos propiedades y poseen menos riqueza. Aunque cuentan con mayores niveles de estudios que los hombres, enfrentan grandes obstáculos para llegar a lugares de poder o jerarquías en casi todos los ámbitos (ciencia, política, parlamentos, empresas privadas) (1). La violencia machista provoca una nueva

---

1 Todos estos datos están debidamente consignados y sus causas abordadas en profundidad en mi libro *Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2016.

víctima todos los días. Pero algo cambió. Aumentó el deseo de encontrar soluciones que vayan más allá del presente, apareció la necesidad de que se consoliden las demandas de igualdad encarnadas por una nueva generación feminista que se expresa en las calles y ocupa cada vez más espacios.

El paro del 8 de marzo tuvo una particularidad: se convocó aludiendo al rol de las mujeres en la estructura productiva. El llamado a parar de producir trascendió, en muchos casos, las puertas del hogar y significó también una llamada a parar de producir los trabajos domésticos y de cuidado. Esta fue una modalidad inspirada en las islandesas que en 1975 hicieron una manifestación a modo de “día libre de las mujeres” y una huelga en la que participó el 90% de las mujeres del país: ninguna de ellas hizo tareas domésticas ese día.

La desigualdad, que año a año amplía la diferencia entre ricos y pobres, se refuerza por los roles de género que entrelazan el funcionamiento de nuestro sistema productivo. La forma en que mujeres y varones forman parte del aparato productivo hace que esta creciente desigualdad no sea algo lineal, sino que atraviesa a las clases sociales, complejiza el análisis, añade información, transforma sentidos y reclama alternativas. Además, es un elemento olvidado en gran parte del análisis económico y en el diseño de la mayoría de las políticas públicas. “Hacer hincapié en la unidad entre el lugar de trabajo y el hogar es clave, y un principio organizador central para el paro del 8 de marzo. Una política que tome en serio el trabajo de la mujer debe incluir no sólo las huelgas en el lugar de trabajo sino también las huelgas del trabajo reproductivo no remunerado, las huelgas a tiempo parcial, la reducción de las jornadas y otras formas de protesta que reconocen la naturaleza de género de las relaciones sociales”, proponía días antes del 8 de marzo Cinzia Arruza, una de las organizadoras en la ciudad de Nueva York.

Ante una desigualdad creciente, el feminismo propone la construcción de un futuro igualitario, justo, de solidaridad. De



ese modo, se propone una profunda transformación social, porque conseguir la igualdad implica una inversión completa del mundo en el que vivimos. Pero como movimiento político contiene diversas manifestaciones y expresiones en su interior, y no todas caminan hacia una resolución. Desde mi perspectiva, ese mundo que muchos anhelamos, tiene como condición de posibilidad que los movimientos de mujeres se establezcan como un sujeto político. Y para eso, hay que apropiarse del espacio y del discurso públicos. Las mujeres tenemos el desafío de abrirnos camino allí donde siempre fuimos relegadas. Además, ese camino, como dice Claudia Korol, “necesita crecer desde las mujeres del pueblo, desde los movimientos populares, las disidencias sexuales, los colectivos rebeldes. Desafiar las lógicas posmodernas que exacerbaban el individualismo, la fragmentación, los acontecimientos sin historia, los sujetos sin memoria colectiva” y, podemos agregar, ese camino se nutre de la teoría y las discusiones que nos preceden. Implica, en sí mismo, una transformación de nuestras prácticas económicas y políticas. Finalmente, es necesario entender que hay una cuestión de clase difícil de soslayar y que, tarde o temprano, pone límites muy claros a los intentos de hacer del feminismo un movimiento único y homogéneo.

¿Qué mundo queremos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuáles son los obstáculos que tenemos enfrente? ¿Cuál es el sujeto político del feminismo? ¿El futuro es feminista? Algunas de estas preguntas subyacen estas páginas aunque las respuestas las construiremos fuera de ellas. Me propongo aportar a esta construcción con una exposición de la situación actual de las mujeres desde la perspectiva económica, para luego discutir algunas de las alternativas y respuestas que se ofrecen en el presente. Me permito, hacia el final, fantasear con las posibilidades de una utopía feminista que nos sirva de inspiración para construir ese lugar en el que queremos vivir.

## **El trabajo doméstico no remunerado como fuente de desigualdad**

La crisis financiera internacional de 2008, que dejó a la economía de Estados Unidos en una situación que sólo se puede comparar con la Gran Depresión de los años 30, y que hundió a casi todas las economías del mundo, reabrió un largo debate en el seno de la economía política: ¿la distribución de la riqueza tiende a ser cada vez más desigual a medida que el capitalismo avanza? O, por el contrario, podemos decir que las fuerzas del mercado, la libre competencia, el progreso tecnológico llevarán naturalmente a que el mundo funcione de manera armoniosa y menos desigual. El puntapié inicial para desempolvar discusiones que van más allá de la coyuntura y se meten en las profundidades de las ideas filosóficas de la economía lo dio Thomas Piketty con la publicación de *El capital en el siglo XXI*. Piketty entra en escena con un tema clásico y con una conclusión en la que muchos podríamos coincidir rápidamente: el capitalismo salvaje y sin control nos lleva a un mundo en el que la riqueza social se acumula en un polo y la miseria en el otro. Las recomendaciones de política que presenta el autor también las hemos escuchado repetidas veces: más educación, sistemas tributarios progresivos, un Estado que interviene.

Sin embargo, este libro nos pone una vez más frente al gran vacío teórico instalado en el corazón de la economía política. No por el trabajo de Piketty en sí mismo, que tiene la virtud de aportar al debate con digresiones teóricas, metodológicas e incluso históricas expuestas en toda su extensión y sustentadas con muchos datos, sino más bien porque hace años que la economía política está empantanada en discusiones estériles. El fracaso en ofrecer una versión sólida acerca de la última crisis financiera marcó otro límite tanto para el *mainstream* como para la autoproclamada heterodoxia. El resultado: una economía política cada vez más fragmentada, elementos dispersos de teorías o problemas coyun-

turales que se abordan con una ensalada de números, conceptos, historia e ideología. “Pensadores” sin mucha esperanza de darles un marco conceptual general a sus ideas. Piketty, incluso, se reivindica como un pensador libre, fuera de cualquier escuela de pensamiento, como si pertenecer a alguna le significara renunciar a algo. Quizás en cierto modo tiene razón: las escuelas de pensamiento, cada una aferrada a su ideal teórico, se pelean con la realidad cada vez que ésta les muestra alguna inconsistencia. O bien recurren a un eclecticismo en que todo pareciera dar lo mismo, como si las teorías fueran modelos neutrales e intercambiables.

En toda esta ensalada, además, las mujeres sólo aparecen cada tanto encabezando la columna de algún gráfico que dice que ellas tienen más o menos niveles de empleo o desocupación; o incluso, las amas de casa son consideradas como personas inactivas, que no aportan a la estructura productiva. En toda esa gran discusión que se reinaugura post crisis 2008, se omite una y otra vez un trabajo que es fundamental y que es un gran generador de desigualdad: el trabajo reproductivo, que permanece bajo la órbita de los hogares, sin ninguna remuneración y sin presencia en los grandes debates económicos. Las relaciones de género, que son construcciones sociales, han quedado al margen en la mayor parte de la literatura económica.

## **Un trabajo que se realiza por amor**

Adam Smith, a fines de 1700, se encuentra con un fenómeno bastante novedoso: las cosas tienen un precio. Si bien para nosotros usar billetes, tarjetas de crédito, comprar, vender, hacer transacciones todos los días es lo más natural del mundo, todo esto no sucedía (al menos no de manera universal) en las sociedades antiguas o en el mundo feudal, en donde los productos del trabajo pertenecían al rey o al dueño de los medios de producción, donde

esclavos, siervos o campesinos tenían la obligación de producir y ya. El comercio y el trueque eran para los excedentes. Sin embargo, en la naciente sociedad capitalista que contempla Smith las cosas se intercambian en función de un precio y eso es algo que crecerá hasta convertirse en la relación social general que nos enlaza alrededor del globo. Por lo tanto su primer problema, aquello que lo hace padre de la economía, es explicar los precios. ¿Cómo es que se establece la relación en la que se intercambian las cosas entre sí? ¿Por qué dos panes equivalen a una jarra de cerveza? ¿Cómo es que panes, cervezas, camisas y relojes pueden expresarse en una unidad común? “No es la benevolencia del carnicero, ni del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo”, asegura Smith.

Una de las respuestas que encuentra es que el valor de cada una de las cosas que se intercambian está determinado por el trabajo necesario para producirlas. Es decir, el tiempo de trabajo dedicado a producir algo es lo que regula los intercambios o, mejor dicho, es lo que se expresa como precio. El mercado, a su vez, es el lugar en donde productores y consumidores se encuentran y en virtud de los poderes de la oferta y la demanda, deciden los precios de equilibrio (que son a los que intercambiarán sus productos por dinero). Pero esa explicación no lo deja conforme ni a él ni a los muchos economistas que lo critican, y funciona –sobre todo– como un momento inaugural de lo que luego será una de las preguntas centrales de la teoría económica: “¿Qué es lo que determina los precios” (2). En paralelo, la historia del capitalismo se puede pensar también como una historia de lo que hacemos por disminuir las horas que le dedicamos a trabajar, por

---

2 Oferta y demanda, escasez, utilidad, deseo, búsqueda de ganancia, costos de producción, entre tantos otros candidatos en la historia del pensamiento económico y la teoría de los precios.

sustituirlas mediante la incorporación de tecnología, de procesos mecánicos, de máquinas.

“En la época en la que Adam Smith escribió sus teorías, para que el carnicero, el panadero y el cervecero pudieran ir a trabajar, era condición *sine qua non* que sus esposas, madres o hermanas se dedicaran hora tras hora y día tras día al cuidado de los niños, la limpieza del hogar, preparar la comida, lavar la ropa, servir de paño de lágrimas y discutir con los vecinos. Se mire por donde se mire, el mercado se basa siempre en otro tipo de economía. Una economía que rara vez tenemos en cuenta”, dice Katrine Marcal. Es que en las lecturas tradicionales de la economía el tiempo de trabajo que tiene sentido medir y calcular es el que, tal como hace Smith, se refleja en un precio (en dinero) y es aquí donde nos aparece un problema económico fundamental: el tiempo que se dedica a las tareas del hogar, el cuidado de los niños y los ancianos de la familia, desaparece de la órbita del sistema de precios y, por ende, de nuestra forma de entender el sistema económico en general. La oferta y la demanda, leyes fundamentales del mercado, exigen que se especifiquen cantidades y precios. Es así como uno de los grandes aportes de la economía feminista ha sido hacer notar que, para que una sociedad funcione, hay una serie de actividades que se realizan cotidianamente que ni la teoría económica ni las estadísticas de los países consideran entre lo que se denomina trabajo productivo; o bien, entre lo que tiene un valor económico. El trabajo doméstico no remunerado se consolida como uno de los conceptos fundamentales de la economía feminista, a partir del cual podemos explicar una serie de desigualdades que se observan en el mercado laboral, los salarios, el acceso a puestos de trabajo calificados o lugares jerárquicos, entre otras.

Usualmente, cuando se habla de trabajo productivo se alude a las “actividades humanas que producen bienes o servicios y que tienen un valor de cambio, por lo tanto que generan ingresos tanto bajo la forma de salario o bien mediante actividades agrícolas,

comerciales y de servicios desarrolladas por cuenta propia”, tal como lo define la CEPAL. “El trabajo reproductivo constituye un conjunto de tareas necesarias para garantizar el cuidado, bienestar y supervivencia de las personas que componen el hogar. Este trabajo reproductivo se entiende en dos niveles fundamentales: a) La reproducción biológica: la gestación, el parto y la lactancia del niño, b) La reproducción social: mantenimiento del hogar y la reproducción de hábitos, normas que incluyen la crianza, la educación, la alimentación, atención y cuidado de los miembros y organización y leyes, costumbres y valores de un grupo social determinado”, se lee en la siguiente definición. Como podemos ver, el trabajo reproductivo es fundamental tanto desde la perspectiva biológica como en términos de la reproducción social de la existencia. Además, este trabajo sirve de base al trabajo productivo. Es imposible pensar en uno sin la existencia del otro.

En nuestra sociedad solemos observar una división sexual del trabajo que asigna roles de género: a las mujeres les toca el trabajo reproductivo mientras que el trabajo productivo (que está vinculado al que se realiza en el mercado y es remunerado), lo hacen los varones. Esto se ve no solamente en la organización de un hogar, en el que la mujer tiene a cargo mayoritariamente las tareas domésticas y de cuidado (aun cuando trabaje *full time* fuera de la casa); sino que también se refleja en las tareas que realizan las personas en la sociedad. Las mujeres trabajan principalmente como empleadas domésticas, enfermeras y maestras –limpian y cuidan–; los varones construyen, emprenden, invierten (3).

---

**3** Y escapando de la exposición conceptual, podemos ir más lejos aun y decir que cuando se trata de gobiernos, los Ministerios de Desarrollo Social y todos aquellos que se ocupan de familia, infancia, educación, medio ambiente y cultura son los más feminizados. Es decir, los equivalentes gubernamentales de las tareas que realizan ellas en el hogar. Casi no hay ministras en Comunicación, Transporte, Minería, Ciencia, Economía y Finanzas. A esto se le suma que, a enero de 2017, las mujeres ocupan tan solo un 18% de los ministerios del mundo.

Durante mucho tiempo este arreglo económico, sobre todo el que se daba al interior de una familia, fue más o menos funcional, operaba sin tantos cuestionamientos. El varón a la calle, a la producción, a los asuntos públicos; la mujer al hogar, a los cuidados, a lo privado. Desde Adam Smith a esta parte, pocos prestaron atención a esta cuestión. Sin embargo, la distribución profundamente asimétrica del trabajo doméstico no remunerado se constituye como un obstáculo en la vida económica de las mujeres. Si bien algunas personas tienen la suerte de trabajar realizando tareas que les gustan, la realidad es que la decisión entre trabajar o no hacerlo no está motivada por el placer sino por una necesidad. “Tener un salario significa ser parte de un contrato social, y no hay duda alguna acerca de su sentido: no trabajas porque te guste, o porque te venga dado de un modo natural, sino porque es la única condición bajo la que se te permite vivir”, dice la filósofa marxista Silvia Federici. En el sistema capitalista, los productos de nuestro trabajo se intercambian por dinero, y es a través de él que conseguimos aquellas cosas que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades. La cuestión con el trabajo doméstico es que, además de ser no pago –no permitirnos obtener dinero a cambio de él–, se le impuso como una obligación a la mujer y se fue transformando en un atributo de la personalidad femenina: ser una buena ama de casa se convirtió en algún momento en algo deseable o característico de las chicas. Planchar, limpiar, preparar la comida, llevar a los niños a la escuela o acompañar a la abuela al médico, forman parte de una rutina completa. Todas esas tareas eran y son percibidas por la familia, por la sociedad y por la contabilidad nacional como actos de entrega y de amor y no como un trabajo (mientras se reproducen como roles de género). Federici lo expone claramente cuando denuncia que “eso que llaman amor es trabajo no pago”. Disfrazar el trabajo no pago como un acto de amor –y de mujeres– esconde que estas tareas son trabajo propiamente dicho y de este modo, se realiza una actividad indispensable.

ble para el funcionamiento de toda sociedad de manera gratuita en un mundo en que el consumo de todas las cosas tiene un precio.

En todo el planeta, el tiempo que destinan mujeres y varones a las labores domésticas está desbalanceado (4): ellos dedican más tiempo a los trabajos pagos mientras que ellas son quienes hacen el trabajo no pago del hogar. Aunque estas labores domésticas son imprescindibles e ineludibles para que la sociedad funcione, suelen ser menos valoradas social y económicamente que el trabajo pago. Vale pensar qué respondería uno mismo a la pregunta ¿cuánto tiempo trabaja usted por día? En general, nadie contabiliza dentro de las horas de trabajo el tiempo que se dedica en elegir el tomate en la verdulería, planificar la comida de la semana o armar la logística de las actividades de los niños para compatibilizarlas con el cronograma laboral. Ese trabajo doméstico cae en una especie de limbo tanto para la teoría económica, las políticas públicas y las estadísticas como para nuestras propias ideas de qué es y qué no es el trabajo. Nadie dirá “estuve trabajando” después de lavar los platos. Sin embargo, el precio aparece (y aprieta los bolsillos) cuando estas tareas son tercerizadas, sea en centros de cuidados (guarderías, jardines maternas, geriátricos, colonias de vacaciones) o en un servicio particular mercantilizado (empleadas domésticas, cocineras, enfermeras, niñeras o delivery de comida). Ahí podemos ver claramente que al tiempo consumido en estas tareas se le puede asignar un valor, y que el liberarse de ellas implica también la posibilidad de disponer de esas horas para trabajar fuera de casa (o descansar).

---

4 En Argentina, según la Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo realizada en 2013, una mujer ocupada *full time* dedica más tiempo al trabajo doméstico (5,5 horas) que un hombre desempleado (4,1 horas). Además, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas (trabajen fuera del hogar o no) mientras que 4 de cada 10 varones no hacen absolutamente nada en la casa (aunque estén desempleados). En términos generales, ellas hacen el 76% de estas tareas. El trabajo doméstico no remunerado impacta en la vida cotidiana de muchas maneras y se proyecta en las posibilidades económicas de las personas.



Esta diferente relación con el trabajo doméstico es una de las mayores fuentes de la desigualdad entre varones y mujeres. Al ser ellas quienes más tiempo dedican al trabajo no pago disponen de menos tiempo para estudiar, formarse, trabajar fuera del hogar; o tienen que aceptar trabajos más flexibles (muchas veces precarizados y peor pagos) y, en general, terminan enfrentando una doble jornada laboral: trabajan dentro y fuera de la casa. Esta división sexual del trabajo agrava las circunstancias de las mujeres de bajos recursos y las que no tienen independencia económica, que ante situaciones de violencia se ven limitadas para reaccionar.

La cuestión que está en juego no es sólo económica sino que, como describe Federici, se trata de desmitificar y subvertir el rol que han tenido las mujeres en la sociedad, de rechazar la idea de que el trabajo doméstico no remunerado es una extensión de la naturaleza femenina. Es también una reivindicación del lugar de las mujeres en una sociedad que las limita al terreno de lo doméstico y las expulsa de lo público. Por eso una de las grandes consignas del movimiento feminista ha sido “lo personal es político” y por eso también en el Paro Internacional de Mujeres se alzó la voz con la frase “si mi vida no vale, produzcan sin mí”.

## **La falsa emancipación de la doble jornada laboral**

Las mujeres no siempre ocuparon el mismo lugar en el sistema productivo. En los años 60, sólo 2 de cada 10 mujeres trabajaban fuera del hogar, hoy son casi 7 de cada 10. La cuestión es que mientras las mujeres entraron masivamente al mercado de trabajo, no aumentó en la misma proporción la participación de los varones en las tareas del hogar y los cuidados. Por otra parte, la familia tipo que aparece en las películas de mamá y papá en donde papá es el que paga las cuentas y mamá quien hornea los

pasteles mientras cuida a los niños en la casa, fue mutando. En Argentina, 4 de cada 10 hogares tienen una jefa de hogar mujer, es decir, ellas son quienes tienen el principal ingreso. Muchas son madres solteras, separadas, divorciadas, están a cargo del hogar solas. No tienen con quien repartir tareas; ellas hacen todo y lo hacen a costa de su propia sobreexplotación o de distintas formas de empobrecimiento de su vida y su salud.

En los años setenta, había movimientos que reclamaban por un salario para el ama de casa con el fin de reconocer el trabajo que realizan silenciosamente estas mujeres en los hogares. En un mundo en el que la mayoría de las mujeres trabaja y además es ama de casa, los problemas centrales son diferentes. El problema del ama de casa tradicional o *full time* es que se convierte en una especie de desclasada; tanto para las teorías económicas *mainstream* como para las marxistas, está fuera de la órbita de los precios, del mercado, de lo productivo, son inactivas como las clasifican algunas estadísticas. También les ha costado (y aún hoy cuesta) obtener el carnet para formar parte de la clase trabajadora, es que no son asalariadas. En términos más extremos, su función es servir física, emocional y sexualmente al varón que trae el pan al hogar y además hacerlo sonrientes y agradecidas. “Los varones, desde que se es económicamente activo hasta el tiempo jubilatorio, están insertos en el sistema en una enorme proporción de algún modo, aunque estén desempleados. Porque el desempleo es un fenómeno dentro del mercado laboral. Las mujeres, no”, dice Dora Barrancos. Es que el trabajo doméstico no remunerado no aparece como un fenómeno laboral, no se mide, no se toma en cuenta, no se considera cuando se discute de economía o política. Queda en ese espacio del mundo privado y personal, cuando es una situación atravesada por lo político, económico, cultural y social.

Como decíamos, uno de los grandes aportes de la economía feminista fue sacar a la luz el tiempo de trabajo oculto tras el

telón en el escenario del mercado. Para Federici, además, es el *punto cero* para la práctica revolucionaria. Es donde tiene que estar el eje de la discusión, del cambio; es en donde encontramos la clave para transformar la estructura productiva. Una vez que reconocemos este aspecto de la producción social, aparecen varios problemas en torno a la valorización del trabajo doméstico no remunerado o la búsqueda de “librarse de él”. Por un lado, si pensamos en la opción de valorizar (ponerle un precio) a los trabajos reproductivos, estamos convirtiendo a la reproducción de la vida en mercancía, poniéndola bajo la órbita de los precios, transformándola en su opuesto. ¿Es eso lo que realmente queremos? ¿Queremos mercantilizar los cuidados? ¿Queremos que la lógica de la búsqueda de la ganancia entre a los hogares? O bien, ¿cómo sería una organización social de los cuidados que lograra escapar de esta contradicción?

Por otra parte, el salto hacia la “independencia” y salir del hogar (por propia voluntad o a fuerza de la necesidad) fue –hasta ahora al menos– cargarse dos trabajos encima. Es decir, las mujeres pasaron a tener una doble jornada laboral, porque una de ellas permanece asignada a su rol, a “lo femenino”, como si fuera algo que le corresponde por el sólo hecho de ser mujer. Esta entrada a las filas de la fuerza de trabajo pago (productivo) ha hecho aflorar un sinnúmero de contradicciones: se encuentran a sí mismas sobreexigidas con un trabajo afuera (productivo) pero con la responsabilidad de continuar sosteniendo las tareas del hogar (reproductivo). Aun con la posibilidad de trabajar, lo hacen con menores salarios que sus pares varones y en condiciones de precariedad.

Por otra parte, aquellas mujeres que logren algún éxito en su camino que les brinde la posibilidad de despegarse de esa segunda jornada laboral dentro del hogar, lo harán a costa de dejar un espacio vacío en la cocina y las escobas, que lo rellenará otra mujer. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo

(OIT), sólo en América Latina, más de 18 millones de personas son trabajadores domésticos, de los cuales el 93% son mujeres que llevan adelante esta tarea en donde el 77% de los trabajadores lo hace en la informalidad y cobrando la mitad de los salarios medios de estas economías. Las cadenas de valor de mujeres profesionales que contratan servicios de mujeres pobres se extienden y amplifican las brechas entre ellas mismas, en donde las blancas de centros urbanos tienen mejores oportunidades y empleos que las campesinas, indígenas o migrantes, y que las mujeres negras. Esto significa que incluso la entrada a las filas del trabajo pago para muchas significa tan solo ser una mano de obra social y económicamente vulnerable, susceptible de soportar dificultades adicionales derivadas de la discriminación y la violencia.

El trabajo doméstico, pago o no, *full time* o *part time*, sigue siendo un trabajo no valorado socialmente, gratuito o mal pago y realizado mayoritariamente por mujeres. ¿A qué mundo del trabajo llegan las mujeres que logran despegarse del grado cero? ¿Hay que pagar estas tareas domésticas y de cuidado? ¿Hay que sociabilizarlas? ¿Es un problema privado o una cuestión política a dirimir en el debate público? ¿Están estas cuestiones presentes en la agenda feminista?

## **¿Hacia una sociedad post-trabajo?**

Hay un poster muy famoso que ilustra la vieja consigna de los socialistas utópicos: en él una mujer aparece ilustrando el tríptico que reza *8 horas de descanso, 8 horas de trabajo, 8 horas de recreación*. “Hay algo perdido ahí, hay algo que falta. Yo lo llamo el socio oculto del capitalismo. Porque para que esta mujer pueda trabajar 8 horas, dormir 8 horas y pasear luego sus 8 horas en el bote, alguien tiene que ocuparse de hacerle el desayuno, limpiar sus ropas, sacar la basura, hacer el trabajo de la casa. Alguien

tiene que estar cuidando a los niños o los ancianos. Alguien está ausente en esta situación. Hay un montón de trabajos que no se ven aquí, trabajos no pagos”, señala Heather Boushey en torno a las demandas de Orwell. El trabajo, decíamos antes, es uno de los conceptos centrales de la teoría económica y es también, por supuesto, la actividad ineludible para producir nuestra existencia. Desde 1810, la disputa por la reducción de la jornada laboral a 8 horas fue un elemento central en torno a las condiciones laborales, aunque pasaron varias décadas hasta consolidarse como un derecho. A más de 200 años de Orwell y estas ideas, no ha habido demandas para una nueva reducción. ¿Cuánto aumentó la productividad desde entonces? ¿Por qué con tantos avances científicos y tecnológicos seguimos con jornadas de 8 horas? ¡Y con dobles jornadas!

En los centros primer-mundistas del pensamiento económico, el tema del momento es la robotización. Muchos advierten un punto de inflexión y proyecciones vertiginosas en el reemplazo de trabajadores por procesos automatizados. Los robots no solo son capaces de llevar adelante tareas rutinarias o que requieren fuerza, sino que también pueden aprender, conducir un auto o cocinar. Empresarios multimillonarios como Bill Gates o Elon Musk discuten incluso las consecuencias de los desarrollos que ellos mismos están llevando adelante y cómo enfrentarse a un escenario en que probablemente gran parte de la población se quede sin empleo. Es decir, si la productividad aumenta lo suficientemente rápido, la tecnología destruirá más trabajos humanos de los que creará y por tanto enfrentaremos un desempleo masivo. Este problema, desde el vamos, dinamita cientos de modelos económicos que se enseñan en universidades buscando el “pleno empleo” como una condición de equilibrio del sistema económico y como un objetivo de las políticas públicas. Además, pone en riesgo economías enteras que no están preparadas para solventar tanta mano de obra sobrante. Demanda acciones concretas y pre-

parase para una posibilidad cada vez más cercana: cómo convivir con millones de personas desempleadas.

La forma de abordar el desempleo tecnológico desde la visión *mainstream* de la economía es también bastante *mainstream*. La primera pregunta que aparece es, en una sociedad en la que la producción se orienta al mercado, ¿quién consumirá aquello que las máquinas produzcan si es que la gente no tiene trabajo y, por ende, no tiene dinero? Si lo pensamos así, para que todas esas máquinas no se aburran de producir toneladas de cosas tiene que haber consumidores. Para fabricar consumidores en un mundo sin empleo qué mejor que inventar un ingreso universal. No es casual que tanto Friedrich von Hayek como Milton Friedman, reconocidos y multi-premiados por sus ideas liberales, hayan pensado en esta opción como una especie de piso debajo del cual nadie pueda caer o un impuesto negativo, que ante el reporte de un nivel de ingresos menor a un valor dado implica un estipendio para llegar a ese piso. Hace poco, circulaba en una de esas típicas charlas TED de gente educada contando ideas revolucionarias un historiador que decía, básicamente, que la pobreza se solucionaba dándoles dinero a los pobres. ¿Cuántos posgrados se necesitarán para llegar a esa conclusión? (5)

No es extraño que quienes están formados en una teoría económica que solo ve precios y dinero, vean como soluciones precios y dinero. Todo pareciera resolverse al mejor estilo Robin Hood, sacándoles monedas a los ricos para dárselas a los pobres. La estructura de desigualdad permanece intacta, los pobres están un poquito mejor, los ricos hacen una obra de bien, todos ganamos. Además, por ahí el pobre hasta tiene suerte y se convierte en un micro emprendedor que gracias a esos centavos extra puede entrar en la rueda meritocrática. Pero ¿qué pasa con esas personas

---

5 *Stop being poor!*, como reclama la remera de Paris Hilton.

que ya no tienen acceso al trabajo, y que reciben simplemente un pago mensual para subsistir?, ¿correrán la misma suerte que las amas de casa, invisibilizadas y desclasadas?, ¿pasarán todos a una misma categoría de mantenidos por el sistema?, ¿será un incentivo a no hacer nada?, ¿es una solución o solo posterga el problema? En todos los casos, vale la pena pensar el trabajo como relación social. En estas discusiones, lo que suele omitirse es que el desarrollo de la ciencia y la técnica es la sangre que corre por las venas de nuestra sociedad y que, en todo caso, el problema es quién se beneficia de las bondades de producir más en menos tiempo. El despliegue de ciencia y tecnología expresa esa dualidad: mientras liberan al trabajador de tiempo de trabajo, se libran de él. La cuestión, entonces, es cómo los trabajadores pueden apropiarse de lo que producen cada día en un sistema que tiende a concentrar riqueza en pocas manos y miseria en el resto. El ingreso universal, en tanto no ataca el corazón del problema, es un placebo para sueños progresistas que no quieren ver tanta pobreza a su alrededor y un certificado de supervivencia en los márgenes de la sociedad para quien lo recibe.

Como decíamos antes, el trabajo que se realiza en la sociedad capitalista se distingue del que podíamos observar en sociedades anteriores. Nuestro mundo –en términos teóricos– se trata de hombres y mujeres libres (sin lazos de dependencia, servidumbre o esclavitud como en sistemas anteriores) que venden su fuerza de trabajo por lo que dura una jornada laboral, a cambio de un salario. La producción no está regida por la voluntad de un rey o por la planificación a fines de la subsistencia de una comunidad, como fue en otros estadios de la humanidad, sino que aquello que se produce y cuánto se produce, lo que se compra y vende, se regula por medio del mercado, ese cuasi Dios que organiza mágicamente los destinos individuales. El objetivo de quien produce es obtener ganancias, no que todos coman o tengan una cama donde dormir. Esa disociación entre lo que producimos y lo que

necesitamos provoca una diferencia profunda en el modo en el que pensamos nuestras relaciones sociales. Y aquí reaparece esa dicotomía entre el trabajo productivo –mercantil– y el trabajo reproductivo –que no necesariamente cae en la lógica mercantil–. Para la economía feminista esto tiene –al menos– dos consecuencias. Por una parte, el trabajo que se realiza en el hogar queda fuera del marco de la relación social general mediada por el dinero. Por otra, también hace que todo ese sector productivo –no pago– quede fuera de muchas de las discusiones actuales en torno al futuro del empleo.

El trabajo es aquello que hacemos para transformar materiales en objetos que satisfacen nuestras necesidades (sean espirituales o de la panza); el trabajo asalariado, en cambio, es una relación social particular, que nace con la sociedad capitalista. Es necesario entender esto para comprender que la forma en que organizamos el trabajo socialmente es material de transformación. En un sistema cuyo único objetivo es la obtención de ganancia, el resultado de las mejoras en ciencia y técnica no es un mayor bienestar, gente feliz y descansando, sino extensión de la pobreza, el deterioro del trabajo humano, la precarización laboral que es la precarización de la vida. Lo que está en torno a esta relación fundamental problematiza un vínculo general; el desempleo no es un problema individual. Por el momento, esa panacea de un mundo automatizado, en el que las máquinas nos liberan del lado oscuro de la explotación no parece llegar y, por el contrario, la precarización y el empobrecimiento de los trabajadores avanzan. Al mismo tiempo, el trabajo reproductivo permanece fuera de la escena que se discute. Es llamativo ver cómo incluso la opción de un ingreso universal parece tener más apoyo que los reclamos por un salario para el ama de casa.

“No hay nada tan asfixiante para la vida como ver transformadas en trabajo las actividades y las relaciones que satisfacen nuestros deseos. De igual modo, es a través de las actividades



cotidianas por las que producimos nuestra existencia que podemos desarrollar nuestra capacidad de cooperar, y no solo resistir a la deshumanización sino aprender a reconstruir el mundo como un espacio de crianza, creatividad y cuidado”, dice Federici, y nos abre una nueva puerta. El concepto de reproducción social nos permite ampliar nuestra visión de esto que llamamos trabajo doméstico, sumando otras prácticas. “También hace que sea posible extender el análisis fuera de las paredes de la casa, ya que el trabajo de reproducción social no siempre se encuentra en las mismas formas: ¿qué parte de éste proviene del mercado, del Estado de Bienestar y de las relaciones familiares?”, se pregunta Arruzza. “El concepto de reproducción social, por lo tanto, nos permite localizar con mayor precisión la calidad móvil y porosa de las paredes de la casa, es decir, la relación entre, por un lado, la vida doméstica en el hogar, y el fenómeno de la mercantilización, la sexualización de la división del trabajo y las políticas del Estado de Bienestar, por el otro”, completa.

¿Cuál es el futuro que queremos? ¿Cómo resolvemos la reproducción social? Quizás haya que pensar opciones por fuera de los límites en que nos venimos moviendo. Quizás el objetivo no sea producir más y más bienes, sino producir aquello que necesitamos. Quizás haya que cuestionar también esas viejas recetas que nos hablan de pleno empleo, de estimular la demanda o de consumir más para que no se detenga el crecimiento económico. Quizás sea hora de cuestionar la idea de crecimiento económico, de consumo, de la forma en que producimos. Quizás haya que entender que producción y reproducción están vinculadas intrínsecamente. Si coincidimos en que el sistema capitalista en su dinámica es inherentemente creador de desigualdad, ¿pueden el Estado y su tecnocracia detener esa dinámica? ¿Es que solo hace falta una reforma impositiva para cambiar el mundo? ¿Por qué se nos aparece como más realista “domar” al capitalismo que transformarlo?

## Construir un feminismo del 99% (6)

La desigualdad, lejos de ser una excepción o un error en el sistema, es la forma en la que funciona el capitalismo; luchar contra la desigualdad, entonces, es luchar contra el capitalismo. Decir esto a veces suena mal, como anacrónico o en desuso. Produce todo tipo de rechazo y prejuicios. Sin embargo, desde la crisis de 2008, cada vez más intelectuales, medios y activistas de todo el mundo se animan a poner en duda la legitimidad de un sistema que hace agua por todos lados y que muestra un agotamiento cada vez más evidente. Dice al respecto el siempre polémico Slavoj Žižek, “es fácil burlarse de la noción de Fukuyama sobre “el fin de la Historia”, pero la mayoría hoy es “fukuyamista”: el capitalismo liberal-democrático es aceptado como la fórmula finalmente encontrada de la mejor sociedad posible, todo lo que uno puede hacer es volverlo más justo, tolerante, etc. La única verdadera pregunta de hoy es: ¿endosamos esta ‘naturalización’ del capitalismo, o el capitalismo global de hoy en día contiene antagonismos suficientemente fuertes que impedirán su reproducción indefinida?”. Parece más fácil pensar que hay un capitalismo malo y neoliberal, y hay otro bueno, una especie de capitalismo edulcorado con derechos humanos.

Aun cuando muchos pueden acordar en que hay algo que está funcionando muy mal, las alternativas que emergen frente al capitalismo no parecen condensarse en un programa político que seduzca a las masas. Proliferan así distintas formas de enfrentarse a aquello que cada uno o cada grupo percibe como injusto,

---

6 Esa fue la consigna que propusieron agrupaciones de mujeres de izquierda para convocar al Paro Internacional de Mujeres del 8 de marzo en Estados Unidos. El 1% de la población posee más riqueza que todo el 99% restante, de allí la consigna que integra la lucha feminista con una perspectiva de romper con la desigualdad.

y la idea del socialismo suena a nostalgia más que a futuro. En este paisaje de inquietudes sociales diversas, es donde planta su bandera el feminismo y, como movimiento, es atravesado por todas las contradicciones ya existentes. Incorporar la perspectiva de género es abrir la puerta a la interacción de otros aspectos que son necesarios poner a consideración. En el caso de la economía, género y clase social interactúan entre sí dando lugar a nuevas configuraciones. Dicho en otros términos, la desigualdad de género atraviesa las clases sociales: podemos observar desigualdad entre varones y mujeres ricas, menor cantidad de mujeres en puestos jerárquicos, obstáculos para que ellas avancen en las grandes empresas o en el liderazgo político. En el otro extremo, las mujeres son las más pobres en el reino de los pobres, sufren más el desempleo, la precarización laboral y la sobrecarga de trabajo doméstico las perjudica en varias dimensiones. Además, las mujeres negras, latinas, indígenas ganan menos que las blancas de centros urbanos y están expuestas a mayores dosis de discriminación y desigualdad. Las mujeres trans y las travestis chocan con todo tipo de obstáculos para tener una vida laboral digna, desde el acceso a la educación a la salud, pasando por el tipo de trabajos a los que pueden aspirar. Entonces, ¿cuál es el sujeto político del feminismo? ¿Da lo mismo el feminismo de las elites o el feminismo popular? ¿Enfrentan todas las mujeres los mismos problemas? ¿Es que acaso las mujeres de un extremo no explotan a las del otro?

Nancy Fraser, filósofa y escritora feminista estadounidense, escribe un artículo en 1995 (que no ha perdido vigencia), titulado “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era ‘postsocialista’”. Allí se pregunta cómo abordar una realidad en la que las discusiones en torno a la explotación han sido reemplazadas por otras sobre dominación cultural, o la pertenencia a un movimiento no se basa en la pertenencia a una clase social; e incluso, qué sucede cuando no hay una demanda por

redistribución socioeconómica (7) en el conjunto de los objetivos políticos de las organizaciones. De este modo, Fraser expone que el feminismo contiene (o debería contener en su versión más completa) las dos dimensiones. Por un lado, “para acabar con la homofobia y el heterosexismo hace falta transformar valoraciones culturales (así como las expresiones legales y prácticas que las acompañan) que privilegian la heterosexualidad, niegan el mismo respeto a gays y lesbianas y rechazan el reconocimiento de la homosexualidad como una manera legítima de ser. Se trata de revalorizar una sexualidad despreciada, otorgando reconocimiento positivo a la especificidad sexual de gays y lesbianas”. Al mismo tiempo, señala que el género “estructura la división fundamental entre trabajo ‘productivo’ asalariado y trabajo ‘reproductivo’ y doméstico no pago, asignando a las mujeres la responsabilidad principal sobre este último. Por otro, el género estructura además la división en el seno del trabajo pagado entre las ocupaciones industriales y profesionales mejor pagadas y ocupadas predominantemente por hombres y las ocupaciones de ‘cuello rosa’ y de servicio doméstico, mal pagadas y ocupadas predominantemente por mujeres. El resultado es una estructura económico-política que genera modos de explotación, marginación y privación según el género [...]. En suma, el género es un modo de comunidad bivalente. Tiene una vertiente económico-política que lo introduce en el ámbito de la redistribución. Sin embargo, también tiene una vertiente de valoración cultural que lo introduce simultáneamente en el ámbito del reconocimiento”.

Desde este punto de vista, reconocimiento y redistribución están entrelazados en tanto las normas culturales, institucionales, las leyes, las definiciones políticas, las relaciones económicas

---

7 En artículos más recientes, la autora confiesa que el término “redistribución” es más liviano que su propuesta política actual. Sin embargo, nos sirve para mostrar las diferencias en esta sección.

son sexistas y androcéntricas, y el Estado las valida. Del mismo modo, se validan las desventajas económicas que enfrentan las mujeres a través de restringir su voz en la arena de lo público, limitando su participación igualitaria en todas las esferas de la producción cultural. “El resultado es un círculo vicioso de subordinación cultural y económica. Por lo tanto, para combatir la injusticia de género hace falta cambiar tanto la economía política como la cultura”, concluye Fraser. A este aspecto, se le suman las consideraciones políticas en términos de cuál es el proyecto que se expresa en el marco del feminismo. A Fraser también le preocupa que sectores sociales que nutren el proyecto político neoliberal se apropien de los horizontes y las luchas feministas y los pongan al servicio de una sociedad egoísta, meritocrática e individualista en donde se promueve el bienestar y crecimiento de la mujer como un fin en sí mismo y no como parte de un proyecto político igualitario.

El avance de las mujeres en el mercado de trabajo en las últimas décadas obligó a pensar y reformular estructuras sociales que no habían sido diseñadas para una sociedad en que ellas tengan un rol productivo o protagónico en el espacio público. A veces sentimos que estamos en pie de igualdad con nuestros pares varones, pero basta revisar la lista de mujeres presidentas en América Latina para encontrar que alcanzan los dedos de las dos manos para contarlas. ¿Cómo es que las mujeres aún ocupan lugares tan rezagados en las jerarquías de todos los ámbitos del saber y el poder económico? Y más aun, ¿alcanza con tener mujeres en la cumbre para mejorar la situación general? “Para mí, el feminismo no es simplemente una cuestión de conseguir que un puñado de mujeres ocupen posiciones de poder y privilegio dentro de las jerarquías sociales existentes. Se trata más bien de superar esas jerarquías. Esto requiere desafiar las fuentes estructurales de la dominación de género en la sociedad capitalista [...]. Esta división jerárquica y de género entre ‘producción’ y ‘repro-

ducción' es una estructura que define a la sociedad capitalista y una fuente profunda de las asimetrías de género en ella. No puede haber 'emancipación de las mujeres' mientras esta estructura permanezca intacta", es la respuesta de Fraser.

Puesto así, el feminismo tiene un doble desafío: necesita buscar soluciones económicas y políticas que socaven la diferenciación de género y, además, necesita que esas soluciones revaloricen culturalmente el rol de las mujeres, aun hoy en un escalón inferior. Claudia Korol plantea que "el feminismo puede —y creo que debe aportar también— discutir conceptos y prácticas propias de las dominaciones, como el de propiedad privada, que se extiende a todas las dimensiones: propiedad privada sobre los medios de producción, sobre las relaciones amorosas, sobre las personas. Y la mercantilización de la vida, de los cuerpos, de los vínculos, de la naturaleza. En ese sentido, el feminismo no es un apéndice que mejora o complica —según quien lo mire— las luchas socialistas o antiimperialistas, 'agregando' derechos de las mujeres. Es una propuesta que interactúa con todas las luchas del pueblo, integrando la necesidad de avanzar hacia la descolonización efectiva de nuestros territorios y cuerpos, sueños y proyectos".

Como hemos señalado en estas páginas, el trabajo doméstico sigue siendo invisible para la mayor parte del sistema de mercado, el Estado y las instituciones. Así también para los debates económicos del pasado, presente y futuro. Mientras esto siga así, los resultados de las escasas políticas de género serán muy limitados (aunque siguen siendo indispensables). Los cambios que se ven y reflejan en los grandes organismos internacionales a los que alude solapadamente Fraser (ONU, FMI, Banco Mundial, G20, entre otros que han incorporado "la agenda de género" a sus reuniones) apuntan a una porción reducida de mujeres y no son parte de un cambio o transformación general. En la reunión de primavera del Fondo Monetario Internacional, en 2017, Christine Lagarde,

directora del organismo, exponía acerca de macroeconomía y género, se hablaba en su panel del empoderamiento de las mujeres y el techo de cristal. En el mismo evento estaba Winnie Byanyima, directora ejecutiva de Oxfam, que reaccionó rápidamente: “El empoderamiento económico de las mujeres se logra cambiando un modelo económico que funciona en contra de ellas”. Esa idea sintetiza varios aspectos que entran en esta discusión. No se puede romper techos de cristal si no nos despegamos de los pisos pegajosos que retienen a la mayor parte de las mujeres en trabajos mal pagos, informales, sin posibilidades de crecimiento, en la pobreza. A su vez, romper el techo de cristal a costa de la tremenda explotación de las trabajadoras domésticas, que sobreviven con salarios míseros y sin derechos laborales, no suma en el camino hacia la igualdad. Poder trabajar pero a costa de una mayor precarización tampoco es un sueño realizado. Entonces, ¿cuál es el programa político y económico del feminismo? ¿es posible un feminismo sin demandas económicas?

El sistema económico actual desconoce tanto en su análisis como en sus medidas las desventajas que enfrentan diariamente las mujeres, especialmente las mujeres de color, las trabajadoras, las pobres, o migrantes. Por el contrario, tiende a reforzar desigualdades. Recortes de presupuesto en los servicios públicos perjudican de manera asimétrica a quienes cuidan, no solo porque las mujeres son la mayoría de las enfermeras y maestras, sino porque además cuando no hay escuelas o turnos en los hospitales serán las cuidadoras las que destinen ese tiempo extra quitándose a ellas mismas. De este modo, las diferencias impuestas por una división del trabajo que reproduce roles de género y sigue relegando el papel de la mujer en la economía formal, no son parte de la transformación de fondo. El discurso del empoderamiento económico por ahora se queda en la promoción de la participación económica de las mujeres sin remover ninguno de los problemas que ellas enfrentan ni fuera ni dentro del mercado laboral.

Entonces, ¿se puede transformar la situación de desigualdad de género dejando intacto el sistema de producción en que se basa nuestra sociedad? Mi respuesta, así como la de Fraser o Korol, entre tantas otras, es que no y es allí en donde el feminismo se convierte en una herramienta poderosa de acción y transformación política.

En Argentina, los Encuentros Nacionales de Mujeres, las Asambleas Ni Una Menos a lo largo y ancho de todo el país, las diversas agrupaciones feministas, lésbicas, colectivos trans, las luchas de las travas, las frondosas discusiones en las redes, los medios que han surgido en estos años para contar las historias con perspectiva feminista, la educación colectiva que construimos y de las que nos nutrimos, han sabido expresarse transformando el debate y construyendo espacios propios en partidos políticos, sindicatos, universidades, lugares de trabajo, barrios. En 2015, con la primera gran manifestación de Ni Una Menos se ha generado un acontecimiento, en el sentido histórico de la palabra, que nos permite decir que el movimiento feminista retoma su lugar en el campo de batalla. Este acontecimiento fue espontáneo, inesperado, y como tal desafía a todo este amplio espectro de militantes a estar atentas. Pero como dice Badiou “sin idea, la desorientación de las masas populares es ineluctable”. Podríamos decir, entonces, sin un programa feminista, nos desorientamos. Parte de la construcción y el desafío por delante pasa por entender la dimensión económica del sistema en que vivimos y darnos respuestas concretas.

Al menos en lo que va de este nuevo siglo, el feminismo es la alternativa política más contundente. ¿Podemos decir que es una alternativa al capitalismo? Yo diría, en todo caso, que podría serlo. Pero que solo un feminismo con perspectiva de clase, o como se postuló en el último paro de mujeres, un feminismo del 99%, puede presentarse como tal.



## La revolución será feminista o no será

*La utopía ha sido euclidiana, ha sido europea, y ha sido masculina.*

Úrsula K. Le Guin

Mujeres con túnicas rojas y sombreros blancos hacen compras en un supermercado en el que no hay etiquetas para los productos; ellas tienen prohibido leer. Caminan de a dos y sin levantar la vista. Las criadas, estas jóvenes uniformadas y serviles, son las únicas capaces de dar a luz en un mundo en donde unas radiaciones dejaron estériles a la mayor parte de la población; fueron secuestradas, domesticadas, puestas al servicio de parejas del régimen autoritario, patriarcal y religioso que, de un día para el otro, tomó el control del país. Cada criada le pertenece a una familia. Ellas son violadas mensualmente por los maridos de mujeres infértiles en una ceremonia ritual que busca el fruto sagrado de la continuidad de la especie. Las criadas son meros recipientes, vasijas, no tienen más función social que procrear. Las que no sirven para ese fin harán trabajos forzados. Las lesbianas, traidoras al género, serán mutiladas... Estas escenas son parte del futuro que se imaginó Margaret Atwood en los años 80 y que Hulu hizo serie en 2017. *The Handmaid's Tale* es una fantasía distópica que a veces no parece tan lejana a nuestro presente. Por momentos, ficción y realidad se funden en una. Pocas semanas después del lanzamiento de la serie, la Casa Blanca fue rodeada de activistas caracterizadas como estas criadas que se manifestaban en contra del *Trumpcare*, una propuesta que lanzó el actual presidente para cambiar el sistema de salud en Estados Unidos. La medida, de haber sido aprobada, hubiese dejado sin cobertura a mujeres víctimas de violencia doméstica, o que simplemente habían pasado por una cesárea. Ellas también están resistiendo a la avanzada

de quienes, en esta nueva ola conservadora, buscan penalizar el aborto, legal desde los años 70 en ese país. La fantasía de Atwood nos hace dudar acerca de dónde estamos paradas hoy. ¿Es que acaso nuestras vidas no son reguladas por voluntades y deseos ajenos?

Pero ¿cómo sería una utopía futurista? ¿qué nos imaginamos cuando hablamos de igualdad? Como dice Úrsula Le Guin, la utopía por mucho tiempo fue un sueño masculino. Aunque varias escritoras desafiaron los futuros posibles, como ella misma cuando inventa un planeta en el que las personas no tienen un género definido, o relaciones en donde no hay un mío o tuyo, sin propiedad; el futurismo de ciencia ficción al que estamos acostumbrados es de hombre versus máquina, de explotación, con roles de género tradicionales, sin siquiera parejas de un mismo sexo o trans. Donna Haraway escribe en los ochenta el Manifiesto Cyborg, un tratado que se presenta a sí mismo como un mito político irónico, fiel al feminismo, al socialismo y al materialismo, “el sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado“. Haraway cuestiona a la ciencia, la política, las ideas religiosas del Génesis, el género. Ironiza sobre las dicotomías entre animal y humano, entre mente y cuerpo e incluso entre mente y cuerpos humanos diferenciados de las máquinas. “A finales del siglo XX –nuestra era–, un tiempo mítico, todos somos quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo; en una palabra, somos cyborgs. Ésta es nuestra ontología, nos otorga nuestra política. Es una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica”, reclama Haraway. ¿Cuál es nuestra relación con los animales o con las máquinas en un mundo en que todos estamos más o menos ensamblados? Nuestra propia experiencia de dominación parece hacernos teorizar todo tipo de relaciones de dominación. ¿Es posible romper esas estructuras?

Aunque conozco muchos soñadores y soñadoras, siempre me llamó la atención que mi generación haya renunciado tan rápido a buscar un cambio en el sistema en que vivimos. Más allá de que haya que pedir disculpas cuando se habla de socialismo o comunismo, bien podríamos haber apostado a elegir nuestra propia aventura, imaginar algo nuevo, ponerle un nombre que nos guste (si tanto nos molestaban esos otros). Esa tarea quedó trunca. Muchos apostaron a cambiar el sistema “desde adentro”, es decir, buscar parches en el funcionamiento del capitalismo —dejándolo intacto—. Otros se convirtieron en cínicos que aun viendo *la matrix* y entendiendo sus contradicciones prefieren no hacerse cargo de ellas, o hacer como si lo hicieran. Muchos se orientaron a la meta individual, respirando profundo con meditación, yoga y comida orgánica. Y la gran mayoría sobrevive, como puede, con jornadas laborales extenuantes y sin muchas perspectivas de *American dream*. Nos resulta ajeno pensar formas de producción horizontales, pensar un poder que no sea personalista y verticalista, construir movimientos independientes, romper con una visión de partidos ajena a los problemas del presente que sigue en ese péndulo de ortodoxia y populismo hace tanto tiempo. Sin embargo, es urgente hacerlo, porque las distopías a la Atwood están a la vuelta de la esquina. Están en cada mujer que va presa por un aborto espontáneo, en cada travesti que no consigue trabajo, en cada joven que es asesinada “porque tenía la pollera muy corta”.

Necesitamos levantar la vista y mirar un poco más adelante, traspasar el diálogo de sordos de la coyuntura en el que nadie va a modificar nada. Ante ese debate sobre nuestro futuro acallado o adormecido, el feminismo aparece como una nueva opción. Pero, en vez de pensar cómo las mujeres nos sumamos a las filas del mercado para ser explotadas, alienadas, exprimidas para el beneficio de otros, me gusta la idea de preguntarnos ¿cómo pasar de un modo de producción basado en la búsqueda de la ganancia

hacia uno basado en la reproducción de la vida? En un sentido amplio. ¿Cómo integramos todas esas dicotomías que hemos separado una y otra vez de manera arbitraria? ¿Cómo sería un mundo sin propiedad privada, sin roles de género, cuidadoso de la naturaleza?

El capitalismo es una construcción social y por ende su transformación también es un proceso social. El feminismo necesita revolucionar de raíz el orden vigente, porque no se puede conseguir igualdad de género en un mundo que se nutre de la opresión, porque no hay igualdad en un mundo de pobreza, porque no hay igualdad en un mundo de explotación. Las mujeres hoy se constituyen como una actriz protagónica, son ellas quienes resisten a procesos políticos que no solo hacen retroceder sus derechos sino también los de los trabajadores en conjunto. Y lo hacen en solidaridad, cruzando fronteras locales e internacionales y encadenando experiencias. Entendiendo que muchas veces donde aparece una contradicción no es necesario resolverla, sino más bien consensuar, ejercer la sororidad como estrategia política.

En Argentina, las mujeres se han movilizado por sus puestos de trabajo, en contra de la violencia machista, por el aborto legal, han reclamado espacios en listas partidarias, han reaccionado ante acontecimientos que antes se dejaban pasar. Las elecciones de 2017 han traído muchísimas mujeres en las listas, con perfil alto, con temas que hacen a la agenda de género de una manera abierta y novedosa. El activismo recobró fuerza y hay nuevas oportunidades. Ni Una Menos es un espacio que contiene en un abrazo colectivo a las víctimas cotidianas de un sistema violento que hay que derrocar. El gran desafío que tenemos por delante es orientar las luchas, pensar las experiencias e, incluso, organizarse con un programa político. Y esa es una tarea que nos toca a nosotras porque en los órganos de poder o conocimiento no hay alguien que vaya a hacerlo. Si las teorías económicas ni siquiera contemplan las largas horas de trabajo cotidiano de millones de

mujeres, ¿cómo podrían pensar un futuro que nos incluya? Parte de lo que entendemos por libertad consiste en poder imaginarnos el mundo en que queremos vivir, y actuar en consecuencia. En ese camino entre la imaginación y la acción, la ciencia tiene mucho que hacer. La teoría no es un saber instrumental, la teoría es acción, y comprenderla de ese modo nos llena de responsabilidad. Allí, la economía feminista nos presenta una clave (entre otras que vienen de otros saberes y experiencias) para comprender nuestra vida social y también para encontrar el camino hacia ese mañana.

El trabajo es la forma en la que organizamos socialmente nuestra vida productiva y reproductiva y es por eso que el trabajo doméstico no remunerado es ese grado cero de la revolución. Transformar nuestras relaciones económicas y de género depende de nosotras. No podemos quedarnos con la idea de que estamos cambiando algo sin cambiar nada. Quizás es hora de soñar con un proyecto más grande y construir nuestra propia utopía. El único futuro que nos va a incluir es un futuro feminista.

## **El pelotero del logos**

*Todas somos raras. Amamos la literatura, el kümmel y los cigarrillos turcos. Hablamos de cosas extraordinarias para mujeres. Tenemos opiniones filosóficas. Se hace música y se leen versos; se habla lo mismo de la filosofía de Patanjali que del último figurín.*

Salvadora Medina Onrubia

### **Tinta rosa**

Otra vez la encrucijada. Aceptar con cierta resignación el espacio que nos otorgan o quedarnos afuera. Quizás este escrito no debería existir. Quizás este libro no debería existir. Como el feminismo: una fuerza de contra hegemonía que no hubiera surgido si las condiciones del mundo no nos obligaran a combatir el machismo reinante.

Hola, ¿quién sos?, ¿existís, escribís? Hola, ¿me leés? Entonces soy. Nos leemos entre nosotras. Nos tenemos entre nosotras. Estamos haciendo un enorme esfuerzo por golpear las puertas del ¿paraíso? –del parnaso– y entrar en él y mezclarnos. Es un trabajo de parto. Estamos ahí, porque penetrar no nos ha sido dado, estamos preñando. Por ahora, es bastante probable que este texto no

sea leído por un público amplio, variado y heterogéneo. Es bastante probable, que aunque forme parte de una colección plural y progresista, sea leído eminentemente por mujeres. Porque aunque pretenda interpelar a la sociedad entera, es probable que capture la atención de un público sesgado, recortado por la tijera que diseña los figurines de moda, la que afina la cintura y redondea las caderas y los pechos, traza las piernas esbeltas y nos calza la falda y los tacos para que seamos eso que se conoce como mujeres.

Fuimos históricamente, somos, las condenadas al silencio, a no escribirle primero, a esperar, que nos escriban o nos llamen, que nos saquen a bailar o nos inviten a salir. Estamos históricamente autorizadas a responder si nos dan la palabra, si nos la otorgan. Nos prefieren calladas, ausentes, al menos suaves y moderadas. Y eso se comprueba en el amplio espectro que cubre cualquier análisis de la voz de la mujer en la historia política, en la historia social y de la cultura. En el ámbito de la escritura, en la poca inclusión que tienen nuestros nombres en los cánones, en los programas académicos, en los suplementos culturales, entre las columnas de opinión.

En el mapa civilizatorio las mujeres, lesbianas, trans y travestis ocupamos espacios de subordinación en las relaciones de poder establecidas en todos los órdenes sociales.

Es un trazado histórico hecho con el lápiz del patriarcado. Podría pensarse que, en apariencia, existen algunas escenas sociales en las que se viven menos desigualdades de género. Tal vez en aquellos campos que tienen que ver con el mundo de lo sensible. Pienso, por ejemplo, en el mundo de las artes o el de la literatura. Sin embargo la disparidad se mantiene, así como la distribución de los discursos y temas, y las jerarquías de prestigio. Un peligro que ofrecen estos campos es sobre todo el de generar una “ilusión de igualdad”.

A diferencia de otras épocas en las que las mujeres casi no tenían espacio, como en los años 20 en los que Alfonsina Stor-

ni era una rareza entre las páginas de *La Nota*, o las hermanas Ocampo más tarde, hoy hay más mujeres con incidencia y participación visible en el campo literario e intelectual. Esta mayor visibilización de las mujeres en la esfera pública –no sólo cultural– (1) contiene el doble filo de invisibilizar la persistente desigualdad que puede rastrearse cuando analizamos la proporción estadística de las mujeres en espacios de poder y las valoraciones jerárquicas que las escrituras adquieren en los espacios de legitimación (2).

Las mujeres escritoras, como otras, hemos peleado a lo largo de los siglos para acceder a un espacio históricamente reservado a los varones: el de la palabra escrita como palabra pública. Se trata en definitiva de la disputa por el poder del logos. “El decir público está ocupado por la autoridad y la violencia: otro es el que da y quita la palabra” (3), dijo Josefina Ludmer. Las mujeres, desde siempre condenadas al silencio y al disimulo, a mantener la boca cerrada porque “sus temas son más importantes que los tuyos” (4), para que no entre demasiada comida ni salgan demasiadas demandas, fuimos creando un lenguaje propio, un sentido personal: aprendimos a diseñar estrategias y a encontrar nuestros espacios de enunciación. Nos escondimos atrás de un nombre de varón, fingimos la voz. Escribimos bajo siete canda-

---

1 La campaña electoral de las PASO [legislativas de 2017] estuvo caracterizada por la alta presencia de mujeres en diferentes espacios políticos, como Elisa Carrió, Cristina Fernández y María Eugenia Vidal. Incluso hubo un intento, vetado por la justicia, de presentar una lista enteramente integrada por mujeres. Sin embargo, la paridad en la política sigue siendo un tema de discusión.

2 La directora de MESO (Centro de Estudios sobre Medios y Sociedad en Argentina), Eugenia Mitchelstein, observa: “Que haya periodistas y presentadoras mujeres no cambia, *per se*, este estado de cosas. Por ejemplo, en su programa de televisión, Susana Giménez le preguntó a una víctima de violencia de género: ‘¿Vos le hacías algo para que te pegara?’”. Como recomendó Carbajal, “necesitamos periodistas con formación con enfoque de género y de derechos. Necesitamos que contribuyan a una sociedad más igualitaria”.

3 Josefina Ludmer, *Las tretas del débil*.

4 *Guía de la buena esposa* (1953).



dos, en diarios íntimos, como Sei Shōnagon en la corte japonesa del siglo X, en las revistas femeninas y feministas, en las columnas femeninas de los suplementos que nos forjamos, en las columnas del Cabildo con aerosol. Porque incluso hoy, después de siglos de cánones descentrados, voces chillonas y tretas de las “débiles” (5), el espacio literario de los géneros subalternos, juega en el pelotero que conseguimos y que nos dejaron para que despotriquemos a nuestras anchas. Nuestras secretarías de asuntos fem.

Desde esos espacios le damos batalla y denunciarnos al machismo, pero muchas de nuestras escrituras no escapan de los suplementos y colecciones de mujeres y también, algunas veces, de los temas y problemáticas pensados por y para nosotras. A su vez, en la avenida central del mercado y las miradas, los escritores principalmente reconocidos son varones y, del mismo modo, ellos ocupan en una proporción mayor los espacios de poder en el campo de la producción, la edición y la crítica literaria, así como en ciertos recortes de la academia.

Por eso, cuando hablamos de literatura de mujeres estamos en principio pensando en dos cosas diferentes. Por un lado, en el contexto sociocultural en el que las mujeres ocupamos un espacio restringido y marginal. Por el otro, en el sentido estrictamente literario. Y finalmente podemos preguntarnos si existe una escritura femenina.

Desde el estallido social del Ni Una Menos, en el marco de una tradición de militancias feministas históricas y de un contexto social de ascenso general de movilización popular, se impuso una urgencia social y política de hablar de la problemática de las mujeres. Los discursos sobre las distintas formas de violencia y discriminación hacia las mujeres proliferan en

---

5 “Segundo movimiento: saber sobre el no decir. Este movimiento implica una reorganización del campo del saber”, Josefina Ludmer, *Las tretas del débil*.

el campo intelectual, artístico, político y mediático. La visibilización de la cuestión de género –que abarca más que lo femenino– y la toma de conciencia de que existen derechos y leyes (6), además de un nuevo entramado de complicidad que nos contiene, convierten esta urgencia en discursos, en narrativas, en palabras. Y no sólo en forma de una teoría general de género, sino en forma de análisis, contabilidad, clasificación y especificación, en forma de investigaciones cuantitativas y cualitativas.

Podría pensarse que hablar de las mujeres es la disposición de mecanismos de poder y aumento del control social. Pero por otra parte, esta exigencia puede ser pensada como la relevancia de poder visibilizar los mecanismos de dominación masculina que se ejercen sobre las mujeres desde hace siglos. Señalarlos, deconstruirlos, desactivarlos. Estamos produciendo nuestro propio lenguaje, reconocible en frases, lemas, consignas. Nuestro lenguaje es un idioma que están, de a poco y con reticencia, aprendiendo a hablar los medios y las hegemonías, apropiándose de nuestra semiótica no siempre a nuestro favor (7). Pero ese tejido que nosotras mismas construimos, para darnos abrigo y protección, como una manta, puede al mismo tiempo quedarnos corto o dejarnos envueltas en él. Corremos el peligro de quedar circunscriptas al tema posible sobre el que se nos es dado hablar: el género. Por eso, no sólo alcanza con denunciar los mecanismos de opresión y desarrollar una teoría por nosotras y para nosotras. Se trata de ejercer una práctica transversal y ocupar los espacios masculinizados por excelencia: la políti-

---

**6** La Ley 26.485: nueva ley nacional de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales, sancionada y promulgada en 2009, tuvo en estos últimos años más difusión y promoción.

**7** Los femicidios se propagaron en los medios, muchas veces con una mirada culpabilizadora de la víctima: “Fanática de los boliches” decía la nota sobre Melina Romero.

ca, la tecnología (8), la economía, la filosofía y el pensamiento, la ciencia, los medios de comunicación, los sindicatos, las organizaciones. Y también en la familia, en las instituciones, las calles, los espacios públicos, los barrios.

## Las descentradas

¿Con qué ojos miramos el mundo? ¿Desde qué lugar nos posicionamos para opinar sobre tal o cual cosa? ¿De qué manera nuestra mirada condiciona lo que pensamos del mundo y lo que decimos de él, y cómo lo decimos, nuestras palabras? En el marco del encuentro organizado por MESO, la periodista y activista Mariana Carbajal señaló: “Las mujeres somos más del 50% de la población, y en medios no llegamos al 30%” (9).

No se necesita recurrir a estadísticas –como lo hizo con precisión en algún momento la impecable Cecilia González, periodista mexicana en Buenos Aires, para observar que por ejemplo los domingos, los principales diarios del país, como *Clarín* o *La Nación* no tienen columnistas de opinión que sean mujeres (ni varones con perspectiva de género)–. En la semana, podemos leer algunas. Un caso paradigmático es el del diario *Perfil*, que en su edición dominical abunda en columnas de opinión:

- Jorge Fontevicchia
- Nelson Castro
- Sergio Berensztein
- Gustavo González
- Jaime Durán Barba

---

8 Según los datos de la Fundación Sadosky, de cuatro mil graduados de carreras de informática, apenas el 18% son mujeres.

9 Según datos de *The Global Media Monitoring Project*.

- Jairo Straccia
- Javier Calvo
- Damián Tabarovsky
- Ezequiel Spector
- Julio Penna
- Hugo Asch
- Quintín
- Carlos De Angelis
- Artemio López
- Daniel Bilotta
- Daniel Guebel
- Fabián Casas
- Daniel Link
- Pablo Marchetti
- Roberto García
- Guillermo Piro
- Angélica Gorodischer
- Martín Kohan
- Rafael Spregelburd

Ya visto, ya dicho: los varones están habilitados para opinar sobre política, sobre temas de actualidad, sobre el mundo. Las mujeres hablan de temas que les incumben, como el amor. Las mujeres que logran acceder a ese impenetrable Olimpo sin mover la aguja de la balanza ni modificando en grande los porcentajes, son en general papisas indiscutibles, damas de letras consagradas que no generan ninguna disrupción con su presencia, ocupan un espacio de poder simbólico con el que ya contaban. Tampoco suelen ser íconos del pensamiento feminista.

Aunque en diarios como *Página/12* la distribución de firmas sea más equitativa, en otros medios, como *Infobae*, se repite el pijódromo:

- \* Rosendo Fraga
- \* Jorge Enríquez
- \* Sergio Wisky
- \* Carlos Alberto Montaner
- \* Pedro Corzo
- \* Grl. Br. (R) José Luis Figueroa

(*Infobae*, domingo 3 de octubre de 2017)

Las mujeres llegamos a la tapa de los medios exhibiendo atributos físicos, por peleas de históricas, de peluquería, cuando se trata de debates políticos (10), como víctimas de femicidios. En el caso de las escritoras, muchas veces de la mano de otras: “Mujeres que escriben” (11), titula la nota, como si alguien hubiera levantado aquella piedra y hubiera encontrado bichos raros. Ahora se habla de nuevos cánones, recientemente descubiertos; otros, al margen: “El nuevo *boom* latinoamericano es femenino”, declara *El País* (12). Detrás de una cortina pesada de terciopelo, otro medio español descubre “24 escritoras brillantes que no estaban en el canon tradicional hasta ahora”; entre ellas Safo, Natalia Ginzburg, Mary Shelley, Elena Ferrante, Alejandra Pizarnik, Dorothy Parker. Varias de ellas, de muy distintas épocas y estilos, eminentes clásicos, varias de ellas publicadas en grandes editoriales, en tiradas agotadas y vueltas a imprimir cientos de veces. Los números recogidos por VIDA (Women in Literary Arts) (13), organización estadounidense que investiga por la participación de las mujeres en la literatura, di-

---

10 Debates históricas.

11 Mujeres que (se) escriben, titula esta nota: [www.lanacion.com.ar/1876519-mujeres-que-se-escriben](http://www.lanacion.com.ar/1876519-mujeres-que-se-escriben).

12 14/4/2017.

13 <http://www.vidaweb.org/the-2015-vida-count>

cen después de examinar publicaciones periódicas entre las que se encuentran *New Yorker*, *London Review of Books* o *Times Literary Supplement*, que las mayores consumidoras de libros son mujeres, comprando libros de autores varones y mujeres. Los varones, en cambio, dicen no comprar libros escritos por una mujer.

Según un estudio realizado por Eduardo Guzmán en el marco del Posgrado de Especialización en Periodismo Cultural de la Universidad Nacional de La Plata, se obtuvieron los siguientes datos:

#### **Sexo de autoras/es por Suplemento**

<b>Sexo</b>	<b>Adn</b>	<b>Ñ</b>	<b>Radar</b>	<b>Total</b>
Masculino	10	10	19	39
Femenino	2	4	1	7
Total	12	14	20	46

La cantidad de libros escritos por mujeres que son reseñados en los suplementos culturales es notoriamente menor que la de los escritos por varones. Algo similar pasa con la diferencia entre hombres y mujeres que firman las reseñas y entrevistas. La diferencia es contundente: 80% frente a un 20% de notas firmadas por mujeres. Entre las columnistas se observa la misma proporción. En un recuento realizado por el periodista Julio Petrarca en y sobre el diario *Perfil*, se registró: “En el Día Internacional de la Mujer de 2014, apenas dos de las veinte columnas de opinión publicadas en el cuerpo principal llevaron firmas femeninas; en *Espectáculos*, ninguna sobre seis; en *Home*, ninguna sobre dos;

en *Turismo* dos de las tres (es de destacar que aquí se invirtió la proporción). *Deportes* no publicó columnas de opinión. No fue la excepción este sábado. Yendo hacia atrás, esto es lo que fue posible contabilizar:

- \* **Sábado 22/2:** de 17 columnas en el cuerpo principal, 16 fueron masculinas. En *Espectáculos*, tres sobre siete.
- \* **Domingo 23/2:** las 17 columnas del cuerpo principal fueron de hombres; también masculina la única de *Deportes* y sólo una de tres en *Espectáculos* y la tercera parte de las doce publicadas en *Cultura* llevaron firmas de mujeres.
- \* **El sábado 1/3:** sólo una de 17 en el cuerpo principal, ninguna sobre las seis de *Espectáculos*, ninguna de las dos de *Home*.
- \* **El domingo 2/3,** ninguna sobre trece en el cuerpo principal y cuatro sobre doce en *Cultura*.”

Un año después, en el mismo medio, publicó que “observaba que el desbalance en perjuicio de las periodistas es notorio: los cuatro cargos superiores son ocupados por hombres y en el staff se aprecia que son dos las editoras jefas (no está mal, la mitad de ese rubro), sólo una mujer sobre seis editores y tres de los ocho subeditores (en esto algo mejoró: en 2014 eran dos). En una revisión de las notas publicadas en este medio durante todo febrero y parte de marzo, se observa que las notas con firmas femeninas son seis de cada diez, pero cuando se trata de columnas de opinión –que se pueden equiparar, en valor de prestigio e influencia, a los cargos jerárquicos de la redacción– la relación es abrumadora en favor de los autores varones: tres de 35 el 1° de febrero; dos de 18 el sábado 7; seis de 21 el domingo 8; siete sobre 20 el día 14; cinco de 34 el 15; tres de 17 el 21; dos de 22 el domingo 22; cuatro sobre 20 el sábado 28; dos de 25 el domingo 1° y cuatro columnas sobre 17 publicadas ayer.”

Habrán quienes digan que simplemente los varones escriben mejor que las mujeres. Que es una cuestión de mérito, como suele argumentarse en otros ámbitos como en la política. El valor estético se manifiesta en lo único e irrepetible –pensemos en el círculo lingüístico de Praga– sin distinción de género. Pero como hecho social, el valor está dado también por la contingencia, determinada por varios factores, entre ellos la legitimación de los medios culturales, la academia y las editoriales. Frente a desigualdades tan patentes, es difícil pensar que se trata de capacidades o competencias. Más bien esto responde a decisiones y elecciones, conscientes o naturalizadas, por los dueños y los jefes.

## **La última niebla**

Todavía hay paneles integrados sólo por varones. Todavía hay jornadas a las que las mujeres no son invitadas: “En otro orden de cosas”, en la Biblioteca Nacional acerca de Fogwill, no fue distinto. El programa era enteramente masculino. A nadie pareció importarle, mucho menos escandalizarle, aun menos a los participantes, todos ellos escritores y editores jóvenes y progresistas declarados. Quizás los organizadores y ellos mismos pensaron que la literatura de Fogwill, él mismo, no era materia sensible para ciertos géneros. Quizás, simplemente, no se les ocurrió ningún nombre de mujer para incluir en la nómina de disertantes. O, como me dijo hace poco el organizador de una mesa de debate, no hay especialistas mujeres. Cabe preguntarse si no hay especialistas mujeres o no están reconocidas en la primera línea que ocupan los “verdaderos” especialistas, los que sí cuentan, los que sí se ven.

Cuando nos convocan a las mujeres –porque estas mesas están integradas estrictamente por mujeres– a hablar de literatura



femenina, ¿qué es lo que se implica? Mientras en la mesa anterior del evento se habló de literatura y política, en un *All men pannel*, o a lo sumo con la presencia del cupo que la corrección indica, en ésta estamos nosotras, preguntándonos por qué no podemos estar ahí, aunque esta mesa también sea política. En un festival de literatura reciente nos encontramos, junto a Gabriela Cabezón Cámara, haciéndonos justamente esa pregunta. Frente a la cantidad de preguntas y polémicas que se desplegaban en el resto del programa, nos daba el fastidio que llega con el extremo cansancio: ¿hasta cuándo vamos a tener que hablar de la nuestra como una literatura inscrita en una problemática? ¿Cuándo vamos a poder hablar de literatura, de política, de políticas de la escritura, escribir sin que nuestra subjetividad esté siempre sesgada por la condición de género? ¿Cuándo podremos hablar de política sin que nuestra mirada esté invadida por la lucha contra el patriarcado?

Hace un tiempo un autor activo en los medios culturales quiso saber, en ese foro inmoderado de *doxa* que es Twitter, si hay mujeres de menos de 30 años dedicadas a la escritura. A nadie le pareció una pregunta obvia, tonta o agresiva. Nadie pensó que fuera una pregunta ridícula, retórica o poética como “¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?” –algo que bien podríamos no saber– o “¿Hay vida en la Tierra?” –que podría tener intenciones filosóficas o metafísicas–. El *tweet* tuvo algunas respuestas, pocas. Alguien dijo conocer a una escritora, incluso.

Las mujeres escribimos: tenemos nuestras propias colecciones en las grandes editoriales y nuestros propios suplementos, de nosotras para nosotras, y no son todos de costura y cocina.

Nosotras también hablamos de cultura y de machismo, denunciamos que nos matan o comentamos nuestros libros. ¿Es suficiente? ¿Es lo que buscamos?

Con seudónimo ambiguo o de varón, de George Sand o Isak Dinesen a JK Rowling y Paul Preciado, parece que incluso hoy,

militancias históricas y narrativas feministas mediante, el género de quien habla tiene peso e importancia. María y sus hijas, las tataranietas de Shakespeare o de Sarmiento, todavía corremos el riesgo de ir a parar directo a la columna de moda, maternidad, al suplemento nuestro o a la colección de *chick lit*. Existen parejas de escritores parejos en un nivel apreciable de sus producciones que publican uno en la colección troncal de literatura (Literatura Random House, digamos) él, y en una colección femeneizada (en Plaza&Janés, por ejemplo, para tomar dos sellos de la misma casa editorial), ella. ¿Las razones? El dios mercado, sí, siempre. Pero un mercado que corresponde a los paradigmas con los que se percibe, recibe y consume la literatura escrita por mujeres. El paradigma del machismo.

La escritora Liliana Heker, ciertamente desde un punto de vista no expresamente feminista pero sí cuestionador, se hizo preguntas interesantes sobre este tema.

“¿Hay realmente alguna imposibilidad insalvable para que una mujer escriba *La Divina Comedia*?” O, siendo aun más irritante: “¿Existe alguna imposibilidad biológica para que una mujer escriba una obra literaria genial?”. A la primera pregunta Heker responde que sí, que existe esa imposibilidad ya que nadie salvo Dante ha escrito *La Divina Comedia*. Sin embargo, esa limitación no sería propia del género, creo. Para responder la segunda pregunta sobre el impedimento biológico, Heker se apoya en Simone de Beauvoir, que en *El segundo sexo* escribe: “Hay mujeres locas y mujeres con talento, pero ninguna mujer ha alcanzado esa locura del talento que se llama genio”. Con todo el respeto y la admiración que nos merece Simone de Beauvoir, quisiera lamentar que no haya accedido al genio de ninguna mujer, a una genia. Porque que las hay, las hay. Le diría, incluso, que nosotras así la consideramos a ella. Quizás haya habido –y todavía haya– demasiadas Judiths Shakesperare, esa hermana de William que nunca llegó a ser reconocida por su

talento, que no tuvo acceso a la educación y quedó relegada al espacio doméstico y a las tareas de cuidado (14). Esa hermana tapada, genial invención de Virginia Woolf, para mostrar un fenómeno que todavía perdura.

Pero además “Si no se puede hablar de literatura femenina sin pensar en el apartheid o el ghetto —plantea María Moreno (15)—, existe una relación de las mujeres con la escritura que podría incluir determinadas imagerías políticas, preocupaciones éticas y rituales inspiradores diferentes a los de los varones sin que eso lleve al atolladero de un catálogo”.

Un día de enero desierto entró el mail de un periodista que edita una de mis secciones preferidas del diario argentino más vendido. Me pedía un texto. Me acordaba de él en mis primeros días en el periodismo cultural, cuando a los 18 hacía informes para un suplemento cultural que ya no existe. Propuse un par de temas, tenían que ser íntimos. En seguida recibí respuesta: al editor no le interesó que contara la infancia con doble moral de los padres progres en los 70 ni otras propuestas que le hice. Quizás no eran temas convocantes. Quizás no le interesaron porque ya tenía diseñado un tema para mí, con el que machacó aunque yo decía que no y los mails se cortaron. Quería que escribiera sobre mi vida sexual a los 20 y a los 40. Nunca creí mucho en las máximas totalizantes sobre las mujeres o los varones. Una mujer no es otra cosa que un constructo cultural de alteridad donde también caben l\*s pobres, l\*s viej\*s, l\*s migrantes, l\*s negr\*s, l\*s discapacitad\*s, l\*s lgtbiq.

Mujer no se nace. Ninguna piba nace puta, ninguna piba nace yuta, ninguna bb nace para empleadx doméstic\*, ningun@ persona nace para basurero, ninguna nena nace para presidenta,

---

**14** El trabajo doméstico no remunerado y las inequidades en la repartición de las tareas de cuidado son una preocupación de la OIT. El tema es abordado con lucidez en este mismo libro por Mercedes D'Alessandro.

**15** *Damas de letras.*

ninguna piba nace para secretaria ejecutiva, ninguna nace para modelo publicitaria. Ninguna piba nace mujer. Nunca hasta ahora supimos bien quiénes éramos. Y por fin esa definición, ser mujer, está suelta para quien quiera apropiársela. No hay test de genitalia ni credencial de feminaria. No hay sangre azul de menstruación ni útero de concepción. Ser mujer es una proposición. Ser mujer es una obra en construcción que se actúa con pollera, pantalón, pestañas postizas o pelo rapado. Es un sentimiento o una decisión. Es ser trans, traba, lesbiana, cualquiera que quede de algún modo a la intemperie del paraguas blanco, cis, propietario, del patriarcado dominante.

Montadas para salir con amigas, en la solidaridad vigorosa de una guerra, con las partes del cuerpo en la primera línea de fuego de la marcha colectiva, de rojo o de negro, para que nos vean flacas, de red para que nos vean juntas y putas, con un lenguaje sin privilegios ni desmedros para dar clase y conferencia, hacia el territorio de la conquista. La femeneidad es drag. Y la hiperboleamos para cualquier lado incluso neutro para mover los límites del género. La femeneidad es para todas y todos, ni para varones ni para mujeres en especial. Montadas sobre el lomo de un unicornio alado, desnudas, señoritas lázaro, “otra vez lo logré, me las arreglo sola”, montadas con uniforme y palo, la violencia también puede ser nuestra, no tienen patrimonio la rabia y la potencia. Podemos ser guardianas de lxs demás y de nosotrxs mismas. Con esa fuerza golpeamos las puertas del patriarcado.

Incluso cuando a veces pareciera que ser mujer tiene sus extraños privilegios –la potestad sobre temas como l\*s hij\*s, lo doméstico, la belleza y el cuidado del cuerpo, la moda, los sentimientos, las relaciones, la familia, lo disfuncional en ellas– tal vez no querramos estar siempre dando cuenta de ese invento masculino que es la “literatura femenina”. Esa que también podemos reivindicar y nos encanta. La literatura,

como el amor según Julia Kristeva, es el espacio en el que nos concedemos la posibilidad de ser extraordinarios. La literatura, ese plus que señaló Jakobson para distinguir el discurso ordinario del poético, y que tanto cuesta definir, es ante todo singularidad. Una manera distinta de ordenar el sintagma significante que ordena de manera distinta la mirada del mundo, un mundo nuevo o el mundo tal como lo conocemos. Esa combinación de palabras es infinita y conduce a las más diversas miradas. Miradas deformes y distorsivas, miradas realistas, minuciosas y límpidas, femeninas, oscuras, y así. ¿Existe, digamos ahora, una literatura masculina? El universal nunca se nombra, es lo dado, dilucidó la genia Simone de Beauvoir. La literatura femenina es por tanto un subconjunto de la literatura. Algo así como si la gran literatura, la literatura verdadera, la universal tuviera dueño.

Un varón escribe sobre la melancolía, la degradación de la virilidad, la decadencia del matrimonio y la pesadumbre de la crianza de los hijos y es venerado por el mercado y la crítica. Una mujer escribe sobre la pareja, los hijos, la crianza y es publicada en una colección especial. De mujeres. Para mujeres. Pienso en Franzen, en Knausgård. Pienso en Ozick, Munro, Atwood en sus tapas blancas de dibujos finos, la medida del flujo luminoso. En la medida de lo justo, para que nos elijamos entre nosotras, porque nos tenemos a nosotras mismas. Lo doméstico es universal en letra de varón, y en letra de mujer es personal, íntimo: no es político. “En la distribución histórica de afectos, funciones y facultades (transformada en mitología, fijada en la lengua) tocó a la mujer dolor y pasión contra razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción” (16).

---

16 Josefina Ludmer, *Las tretas del débil*.

En el mejor de los casos vamos a integrar, en minoría, una colección de literatura donde el azar es controlado y brinda el sello de la legitimación. Esa mujer probablemente no sea un emblema del feminismo de las letras o de lo femenino o la femeneidad literaria. Probablemente sea una escritora que no se define como feminista o que no habla mucho del tema. Igual, no va a salvarse de ser calificada por sus atributos físicos en las críticas o entrevistas. La bella dirán, y no la doctora en filosofía, la impactante, y no la militante. Estos calificativos no aplican cuando se habla de una obra de Jonathan Safran Foer o Alan Pauls, por nombrar a dos autores de la narrativa actual. Las fotos, el enfoque de las notas, las preguntas sobre congeniar la casa o la maternidad con la escritura, qué opina sobre *50 Sombras de Grey* o sobre la literatura escrita por mujeres, son puntos ineludibles cuando se trata de una autora. Nadie se imagina hablar de esto con Houellebecq o con Bizzio. Simplemente ellos escriben y alguien se ocupa de esos temas por ellos.

Dirán que hay premios Nobel de Literatura –bastantes últimamente– otorgados a mujeres, como dicen que hay Presidenta mujer cuando se lucha por igualdad de salarios. Pero ni ese galardón les da el pinet a una Szymborska (poeta), Jelinek (casi ilegible) o una Munro para tener el respeto y la aceptación del varón Coetzee o Modiano. Nadie quiere hacerles compañía a las mujeres, ni en la cartera de la dama ni en la cama como ávido lector.

## **¿Existe una escritura femenina?**

Tao Lao, nombre con el que Alfonsina Storni firmaba sus columnas poniendo en tensión las identidades normativas, va más allá con el interrogante. Desde el corral de su espacio “Feminidades”, “Vida femenina” y “Bocetos femeninos” se pregunta:

¿Existe un problema femenino? La respuesta la da de la mano de una saludable o al menos inquietante caída libre del modelo de familia tradicional. Luego, cuando habla de la mujer como novelista la instiga, así como Woolf a la independencia económica y al “cuarto propio”, a tener una vida extraordinaria, incluso en desmedro de lo que se supone su feminidad.

¿Esos rasgos femeninos, serán exclusivos de las mujeres? El vaivén de la ola nos revuelca otra vez, se desdibuja el límite entre lo propio y lo dado, entre lo que nos constituye y lo que nos condiciona. Natalia Ginzburg es clara en esta ambigüedad: “Dos mujeres se entienden muy bien cuando se ponen a hablar del pozo oscuro (en el que tienen la mala costumbre de caer, e intercambian impresiones sobre esos pozos y sobre la absoluta incapacidad que sienten entonces de comunicarse con los demás y de hacer algo serio, y de los forcejeos para mantenerse a flote”. Ambigüedad porque más que un rasgo del temperamento femenino, Ginzburg lo ubica “en una secular tradición de sometimiento y esclavitud que no será nada fácil de vencer” (17).

La melancolía del pozo oscuro de la desesperanza que nos arrasa frente a cada injusticia cotidiana, desde la noticia de un nuevo femicidio, hasta la reiteración de las prácticas que nos discriminan, es recuperada por Salvadora Medina Onrubia desde la complicidad y cooperación, o lo que hoy se llama “sororidad”: “Es tan dulce llorar juntas... Los hombres, por más que el amor los utilice, no entenderán jamás el placer del llanto suave, el placer de sentirse divinamente triste, de abandonarse blandamente al dolor. Y verás. Yo te consolaré. Yo soy una maga que sé bellos conjuros de palabras” (18).

---

17 “A propósito de las mujeres”, Natalia Ginzburg.

18 *La casa de enfrente*, S. M. Onrubia.

Es un movimiento comparable al que hicimos, y hacemos, las mujeres cuando transformamos la bronca en lucha, y esa lucha en una narrativa y una lengua. Un idioma propio que puede reconocerse en los documentos escritos por el colectivo Ni Una Menos, en las consignas y cantos de las marchas del movimiento de mujeres, en la feminización de ciertos sustantivos habitualmente expresados en un masculino totalizador (19). Aunque incluso por fuera de las expresiones del feminismo, “las damas entran a la escritura a través de determinadas transacciones, máscaras y operaciones teóricas de género”, subraya Moreno (20).

El lenguaje expresa el orden simbólico de la ley social que rige una cultura. Como dice Kristeva en *El lenguaje, ese desconocido*, la mujer fue excluida del contrato socio-simbólico del lenguaje como la unión social fundamental. No es sujeto sino objeto, es a la vez silenciada e idealizada, trivializada y marginalizada. Si habla, tiene que hacerlo en el orden simbólico, obligada, como dice Lacan, a “robar un lenguaje”, a transformar la estructura del lenguaje para formular sus propios significados y valores, utilizando las herramientas existentes y otras propias inventadas.

Es posible que en los textos escritos por mujeres pueda rastrearse una serie de marcas de lo femenino. Estas huellas no tienen por qué aparecer siempre o hacerlo de la misma manera. Ni tampoco, lo más importante, en la escritura de un sujeto femenino. También puede haber marcas de “lo masculino” en poesía escrita por mujeres. Lo que es propio de lo masculino y lo que es propio de lo femenino corresponde a una división de

---

19 Podemos pensar en el #VivasNosQueremos o en el #NosTenemosParaNosotras, de Ni Una Menos, en las apropiaciones de términos tradicionalmente utilizados como peyorativos –como “puta”, “puta feminista” –, o en las expresiones como “cuerpa”.

20 *Ibidem*.



bienes –o males– que se asignan históricamente a cada sexo. Estos hábitos, prácticas y características que se adjudican a cada sexo son una de las formas más primarias de clasificar a las personas. La imposición de estas construcciones sociales implica una violencia y las expectativas, deberes y prohibiciones acerca de los comportamientos, actitudes y actividades que corresponden a cada género que constituyen los estereotipos de lo masculino y lo femenino (celeste, rosa; fuerte, débil; ámbito de lo público, ámbito doméstico) dan cuenta del binarismo en el que se funda la sociedad y la falta de diversidades que realmente la integran. Sobre esas convenciones se construyen las identidades incluso las que son funcionales al mercado, a la crítica y a las desigualdades.

Pero nosotras, feministas de la diferencia, mujeres que sabemos que la subjetividad es innegable y que aplastarlas en pos de una supuesta justicia no es justicia, podemos hilar más fino. Ser mujer además de identidad y construcción, como dice Simone de Beauvoir, es una circunstancia. Pensamos en el “estar mujer”, como estar gay o estar varón, que son estados que a veces transitamos. Esto, estar flotando en identidades, es lo contrario al estereotipo.

Escribir es tejer a dos agujas. En el lenguaje, como dijeron los teóricos rusos, se opera sobre dos ejes fundamentales: sobre uno se seleccionan las unidades lingüísticas, sobre el otro se las combina entre sí. Un texto sería por lo tanto una combinación de signos seleccionados, y su sentido estaría determinado por el entrecruzamiento de los dos ejes. Ese tejido arma el sentido, un tapiz que hila sus propias hebras doradas y entre ellas hace nacer misterios, amables, melancólicos y lujuriosos, turbios de dolor y esplendores. Seguir la trama del tejido nos devuelve, frente al lenguaje poético, dudas y deconstrucciones. El sentido teje una manta aparentemente suave, cargada de emociones. Hélène Cixous retoma el clásico de *Caperucita*: “Los mitos nos hacen

polvo. El Logos abre su gran hocico y nos traga. Hablar no deja huellas. ¡Pero escribir! Sellar un contrato con el tiempo. ¡Anotar! ¡Hacerse notar!” (21).

“Lo femenino va imperando, se va imprimiendo poco a poco en diversas formas que coexisten: en la adopción de un punto de vista, en el interés por ciertos caprichos, olores, maneras de gesticular; en la irrupción cada vez más constante del ser mujer como tema y motivo del texto”, explora Ana Cristina Cesar (22). “La mujer habla con el cuerpo” (23), dice Ana Cristina Cesar frente al planteo por la diferencia. “Yo no ‘empiezo’ por ‘escribir’: yo no escribo. Soy ya texto. La Historia, el amor, la violencia, el tiempo, el deseo lo inscriben en mi cuerpo [...]. La lengua cuerpo se hace oír, la lengua fundamental donde se traducen todas las lenguas de las cosas, los actos, los seres”, dice Cixous (24).

Escribir no es sólo transitar tropos y topos, combinar las palabras de una manera nueva. Escribir, y escribir en esa otra variante que es leer, es también discutir las políticas culturales hegemónicas y de los distintos sectores, las políticas editoriales tanto de los grandes monstruos que pueden inventar una colección separatista de chicas, o de las editoriales independientes que pueden publicar una antología donde hay una sola mujer. Como escritoras pensamos, por ejemplo, por qué hay tanto consenso sobre determinados autores, o por qué a esta altura de la civilización, alguien puede preguntarse si hay escritoras mujeres.

La escritora cubana Fina García Marruz encuentra una metáfora para describir su poética, dice que en ella se cruzan “el

---

21 *La llegada a la escritura*, H. Cixous.

22 Ana Cristina Cesar, *El método documental*, pág. 73.

23 Ana Cristina Cesar, *op. cit.*, pág. 140.

24 H. C., pág. 81.

cacharro doméstico y la Vía Láctea”. El cacharro doméstico podría funcionar aquí como una referencia de lo femenino: el mundo de la familia, la casa. La Vía Láctea sería un símbolo de lo universal, la conquista, la expansión de la simiente y, en última instancia, de lo masculino. La sexualidad y sin lugar a dudas el sexismo se inscriben en el terreno político. Las emociones y los afectos también. En la arena del lenguaje, donde se juegan las luchas históricas, algo sigue igual a pesar del largo camino de logros conseguidos. Los mandatos todavía pesan y el subyuga de la reivindicación y la denostación de lo femenino sigue en ondulando. “Portate bien, entra en vereda, en lo común, en lo imperceptible, en lo doméstico” (25). Muchos de los planteos de décadas pasadas siguen teniendo actualidad. Con el paso fuerte del feminismo en todo terreno, por momentos parece tener mala prensa, se lo acusa de caduco, como si no persistieran desigualdades en la vida cotidiana misma, en todos los niveles.

La problemática de género cansa, porque el patriarcado atrasa, y a esta altura de la civilización y la barbarie, ya debería haber caducado. Es habitual que una mujer diga estar harta de los temas de género, de lo de “ni una más, ni una menos o como fuera”, que estaba cansada de ver a tipos golpeados por mujeres. Como sigo a Grace Paley y no discuto cuando hay verdadera discrepancia, me di vuelta. Por suerte ahí estaba Laura Klein, autora de *Fornicar y matar*, uno de los libros sobre aborto más interesantes que leí, además de filósofa y poeta. Hablamos de la rara selección de poemas que hizo para la revista y de escritoras de nuestra tradición que fueron cristalizadas en lágrimas dulces y pesadas, suicidios románticos y morales –suicidios que signan obras, a causa del amor–, adornos del lenguaje o escondites domésticos.

---

25 H. Cixous, *La llegada a la escritura*.

Desde el campo crítico de las letras aparecen las marcas de género de un programa ideológico que esculpió el canon consagrando en bronce a un linaje de padres de la literatura nacional. Frente a esa tradición, trascendiendo la condición que relega a los roles de “hijas de”, “madres de”, “esposas de”, se hilaba una línea de escritoras mujeres reconocidas por María Gabriela Mizraje, por ejemplo, como “madres de la patria”: Alfonsina Storni, Norah Lange, Victoria Ocampo, Beatriz Guido, Alejandra Pizarnik, Griselda Gambaro. Contra la tendencia a legitimar autoridades monopólicas, esta crítica arma otra idea de nación con retazos de cartas, diarios, novelas, poemas.

María Moreno encuentra entre las críticas interesadas en la cuestión de género la conclusión de que “Juana María Gorriti es la primera novelista argentina y que las cartas de Mariquita Sánchez, quien escribía para decir que no tenía derecho a escribir, constituyen el primer texto moderno con su mezcla sabrosa de ensayo, novela, literatura oral, relevo antropológico y poesía”. Lo relevante, enfatiza, es que “Corresponde a las damas inventar a sus precursoras” (26).

Con Laura Klein hablamos de la osadía de Alfonsina, de su ironía fina más de espinas que de rosas; de las voces chillonas y disonantes de ella y de Alejandra, más allá de la delicada urgencia del rocío, de las enamoradas del muro y de las niñas que fuimos: pájaras en el ojo ajeno, picoteando al lector, molestando. “Hijas de la cabeza”, me dijo Laura en alusión a *Mundo de siete pozos*, de Storni, el cráneo —se señaló los huecos— y al trabajo de Amelia Barona que apila poemas de la propia Storni, y de Amelia Biagioni, Delmira Agustini, Laura Klein, Mónica Sifrim como huesos perdidos de mujeres que escribieron con la cabeza la palabra “cabeza”.

---

26 *Damas de letras.*

“Ebrias de logos”, cabezas perdidas en lecturas que las alojaron junto a Silvina Ocampo, Susana Thénon y otras tantas en el cuarto de planchado, en el altillo de la loca, en la labor de bordar insensatez y sentimientos. Como si eso, por otra parte, fuera menor, despreciable, poco importante, estuviera mal.

¿Qué nos queda? ¿Los departamentos de género, los suplementos que nos forjamos desde la disidencia mujer y lgtbiq son espacios de resistencia o ghettos donde nos dejan ser, islas de quarracino para que pataleemos tranquilxs? Hace poco el colectivo Máquina de Lavar, que integro, fue invitado a participar de un movimiento artístico que surgió en rebelión a una bienal de arte internacional donde el cupo femenino es mínimo. ¿Espacio reivindicador de poder o consolador para las mujeres en un espacio de segundo orden de relevancia? ¿Cuánto falta para que la violación de una chica en el Chaco sea nota de interés general, pase a integrar el cuerpo –cuerpo, cuerpo, cuerpo– del diario? En el marco de situación actual creo fundamental que los espacios especiales, las secretarías y suplementos existan, y que nuestras voces y temáticas tengan lugar. Para que ojalá todxs los lean.

En el siglo XX las mujeres abrimos puertas de esferas antes reservadas exclusivamente para los hombres. Nos pusimos el pantalón y nos hicimos jefas. En el siglo XXI tenemos que profundizar la lucha por la igualdad de condiciones y del derecho a hacer y hablar de lo que queramos sin reducirnos a los estereotipos impuestos y autoimpuestos, abrir un espacio discursivo transgénero.

“¿Habrá una poesía femenina distinta, en su naturaleza, de la poesía masculina?”, se preguntaba Roger Bastide frente a la obra de dos autoras. ¿Será que ante este interrogante sólo es posible hacerse preguntas? Bastide, resuelto, lo respondía: “La idea de buscar una poesía femenina es una idea de hombres; es la manifestación, en algunos críticos, de un complejo de supe-

rioridad. Tenemos que abandonar esa idea porque la sociología nos demuestra que las diferencias entre los sexos son diferencias culturales. Frente a un libro de versos, no miremos quién lo escribió, abandonémonos al placer”.

Si me invitaran, no participaría de una antología donde soy la única mujer en un recorte de década. Si estuviera presente, armaría escándalo cuando en un centro cultural se debate sobre la nueva poesía y entre todos los autores nombrados no hay ni una mujer. En muchos sentidos avanzamos hacia una sociedad con más diversidad y derechos. Falta que los avances echen raíz en cosas como éstas: una perspectiva de género transversal a todas las esferas vitales, que salte por encima de los límites del corral.



## LEY 26.485

Se la bate  
a todo lo que malogre tu cuerpo,  
que vuelva cualquier parte de él  
un ojo negro,  
un estuche de puntos ciegos.

También lo que apague  
como a botellazos  
tus ideas luminosas de mezquino consumo  
de frágiles watts. Lámparas miedosas  
que de tanto entrenamiento duro  
tiemblan y bajan su tensión con la vibración  
del sonido del motor del auto,  
que en la puerta de la casa  
amenaza que a minutos está del próximo round.

Sería que se la pone  
a todo lo que pelee contra tus ideas y tus  
sentimientos  
en desventaja.

Para esos sentimientos hay palabras: Para la tristeza  
hay la palabra tristeza,  
Para el miedo  
la palabra miedo,  
Para el desamor,  
la palabra desamor.



Para la palabra violencia hay  
imágenes:

Una cara envejecida antes de tiempo  
como si un elástico le cruzara la frente;  
el ruido delator de los platos rotos  
y un patio que él cubrió con cemento la tierra  
donde ella quería poner helechos y malvones,  
gajitos que trajo del interior.

Ni cabida a todo lo que  
arruine la manera que vos tenés de verte, corte espejo;  
Que sea descansero, con lo que hagas. Manipulero.  
Que atrevido  
te malondee con si querés terminar el secundario,  
cambiar el bar por una tiendita de ropa o  
salir a vender pan casero.

Eso que te quiera decir cómo bailar,  
de lo que te rías;  
que si te ponés la pollera  
corta, el jean  
ajustado  
o la remera muy  
apretadita.

Que te sargentee o te delire  
si te cabe ir a la iglesia  
de la pastora norma o a la misa.  
Tirarte las cartas.  
Prenderle una vela  
a la estampita del gauchito gil  
arriba de la repisa.

Que te haga callar en la mesa.  
Que te haga callar en la pieza.  
Que te haga callar en la vereda.  
Que te haga callar delante de los chicos.  
Que te haga callar cuando el partido.  
Que te haga callar cuando te haga ruido el estómago.  
Que te haga callar cuando estés a solas con  
esa que eras vos.

Tampoco que con la bandera del amor  
te tenga chivando contra las cuerdas,  
vigilanteandote con quién hablás,  
a quién mirás o a dónde van tus piernas  
o los mensajes de tu celular.  
Permiso y plata se les pide al banco y a los viejos.

Hay cosas que son legales nomás  
y más que legales divertidas  
en las letras de cumbia, adentro de la boca de Dalila.  
Ahí nada más se menean, ahí te excitan.

Rajá, tomátela. Plantate groso.  
Parate de manos. Pirátela.  
Forcejeá. Escapá. Agitá.  
Cuando se te queme  
el rancho  
abanicá las ventanas.  
Sacá el humo quilombero afuera,  
disfrutá cuando el fuego infiel agarre el campo  
seco desde hace años.

Mientras todo se va a la mierda,  
sentate en el cordón cuneta,

como cuando el Cristo hizo sentar a  
la multitud que lo seguía sobre el pasto  
para organizar la comida de los panes y los pescados.  
Lo primero que necesitás es descanso.

Sin culpa mirá cómo se viene todo abajo:  
Se caen las chapas, se derriten los vasos.  
El calor explota las copas en la vitrina fuera de moda.  
Se incendian los tapizados de las sillas  
retapizadas con la misma tela  
con las que cosiste las cortinas  
con tus propias manos  
mientras todos dormían.

Quedate tranqui.  
No sos zorra, ni putita. Ni te gusta que te  
bajen los dientes. Creeme  
se puede levantar una  
ciudad  
en ruinas.  
Creeme  
se puede levantar una  
ciudad  
en ruinas.  
Creeme  
se puede levantar una  
ciudad  
en ruinas.

Nadie es sola, ni mucho menos solita.

Lo dice la ley mamita  
que no puede hacerte sentir culpable

el limón que olvidaste para las milanesas  
que empanaste  
con tus propias manos.

No son las que te hacen llorar,  
las raíces amargas crecidas  
de tu pelo teñido,  
ni el esmalte que se saltó  
de tus uñas escamadas.

Creeme  
se puede levantar una  
ciudad en ruinas.  
Se puede levantar una  
ciudad en ruinas.  
Se puede levantar una  
ciudad en ruinas.

*Mariela Gouiric, 2012*

---

## Referencias bibliográficas

### Texto de Florencia Angilletta

- BARTHES, R. (1992 [1963]), *Sobre Racine*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- BEAUVOIR, S. (2012 [1949]), *El segundo sexo*, Debolsillo, Buenos Aires.
- BRAIDOTTI, R. (2000), *Sujetos nómades*, Paidós, Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. (2000 [1998]), *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- BUTLER, J. (2007 [1990]), *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona.
- CONNELL, R. (1995), *Masculinities*, Polity Press, Cambridge.
- DESPENTES, V. (2007), *Teoría King Kong*, Melusina, Barcelona.
- FIRESTONE, S. (1976 [1970]), *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (2002 [1976]), *Historia de la sexualidad I: La voluntad del saber*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- FRIEDAN, B. (2009 [1963]), *La mística de la feminidad*, Cátedra, Madrid.
- HABERMAS, J. (1981), *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, México.
- HAKIM, C. (2012 [2010]), *Capital erótico*, Debate, Barcelona.
- HOBSBAWM, E. (2011 [1998]), *Historia del siglo XX: 1914-1991*, Crítica, Buenos Aires.
- ILLOUZ, E. (2014), *Erotismo de autoayuda*, Capital intelectual / Katz, Buenos Aires.
- IRIGARAY, L. (2007 [1974]), *Espéculo de la otra mujer*, Akal, Madrid.
- LLOPIS, M. (2009), *El postporno era eso*, Melusina, Barcelona.
- MILLETT, K. (2010 [1970]), *Política sexual*, Cátedra, Madrid.
- MURARO, L. (1994 [1991]), *El orden simbólico de la madre*, Horas y Horas, Madrid.
- PAGLIA, C. (2017), *Free Women, Free Men: Sex, Gender, Feminism*, Pantheon, Nueva York.
- PATEMAN, C. (1995 [1988]), *El contrato sexual*, Anthropos, Barcelona.

- PRECIADO, P.B. (2014 [2008]), *Testo yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*, Paidós, Buenos Aires.
- RICH, A. (1999 [1980]), “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, en M. Navarro y C. Stimpson (comps.), *Un nuevo saber: Los estudios de mujeres. Tomo II: Sexualidad, géneros y roles sexuales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- RUBIN, G. (1998 [1975]), “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, en M. Navarro y C. Stimpson (comps.), *Un nuevo saber: Los estudios de mujeres. Tomo I: ¿Qué son los estudios de mujeres?*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SCOTT, J. (1993), “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en G. Duby y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XIX*, Taurus, Madrid.
- SEGATO, R. (2013), *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*, Prometeo, Buenos Aires.
- VALCÁRCCEL, A. (1991), *Sexo y filosofía: sobre “mujer” y “poder”*, Anthropos, Barcelona.
- WITTIG, M. (2005 [1980]), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Madrid.

### **Texto de Mercedes D’Alessandro**

- ATWOOD, M. (2017), *The Handmaid’s Tale*, Anchor Books.
- ARRUZZA, C. (2017), *What the Women’s Strike Means*, Jacobin.
- ARRUZZA, C. (2016), *Reflexiones degeneradas: patriarcado y capitalismo*, Marxismo crítico.
- BADIOU, A. (2008). *The Communist Hypothesis*, New Left Review.
- BARRANCOS, D. (2012), *Mujeres en la sociedad argentina: Una historia de cinco siglos*, Sudamericana.
- BOUSHEY, H. (2016), *Finding Time: The Economics of Work-Life-Conflict*, Harvard University Press.
- CARRASCO, C. (1988), *Notas para un tratamiento reproductivo del trabajo doméstico*, Cuadernos de Economía, Vol. XVI.
- D’ALESSANDRO, M. (2016), *Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*, Sudamericana.

- D'ATRI, A. (2017), *Feminismos populares. Resistencia o revolución (permanente)*, Ideas de Izquierda, N° 37.
- FEDERICI, S. (2012), *Revolution at Point Zero: Housework, reproduction, and feminist struggle*, PM Press.
- FRASER, N. (2013), *Fortunes of Feminism: From State-managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Verso Books.
- FRASER, N. (1995), *¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era "postsocialista"*, New Left Review.
- HARAWAY, D. (2016), *The Cyborg Manifesto*, University of Minnesota Press.
- KOROL, C. (2016), *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*, Editorial Chirimbote.
- KUNKEL, B. (2014), *Utopia or Bust*, Verso Books.
- LE GUIN, U. (2016), *A Non-Euclidian View of California as a Cold Place to Be. Essay in Utopia by Thomas More*, Verso Books.
- MARÇAL, K. (2016), *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*, Editorial Debate.
- MASON, P. (2015), *Postcapitalism. A Guide to Our Future*, Farrar, Strauss and Giroux.
- MIÉVILLE, C. (2016), *Close to the Shore. Essay in Utopia by Thomas More*, Verso Books.
- MURILLO, C. (2017), *Las otras feministas*, Ideas de Izquierda, N° 37.
- PIKETTY, T. y GANSER, L. J. (2014), *Capital in the Twenty-First Century*, The Belknap Press of Harvard University Press.
- RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, C. (2014), "El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado", Documentos de Trabajo "Políticas públicas y derecho al cuidado".
- ŽIŽEK, S. (2009), *First as Tragedy, then as Farce*, Verso Books.